

Los umbrales son espacios de liminalidad donde convergen dimensiones distintas. Representan zonas de intermediación, tránsito y acceso. Son inicio y fin. En este sentido, la literatura es una puerta de entrada a realidades alternas y al espectro de oportunidades que sólo la imaginación puede permitir. Así, a través de las formas narrativas es posible no solamente contar historias, sino visualizar pasados perdidos o que nunca fueron, soñar futuros (ir)realizables o incluso intuir presentes diferentes. La literatura puede erigirse en una válvula de escape o un instrumento que va más allá de lo expresivo y lo estético.

Esta obra recoge voces que se encuentran, dialogan e imaginan utilizando la palabra escrita como excusa y motor, como medio y objetivo. *Voces en el Umbral* abre un portal para descubrir los universos desconocidos que reposan en nuestro interior y que, con sólo una chispa o un aliento, son invitados a existir.

Voces en el Umbral Encuentros de Escritura Creativa
Vanessa Márquez Vargas
Cristian Camilo Cuervo (Eds.)

Voces en el Umbral

Encuentros de Escritura Creativa

Vanessa Márquez Vargas
Cristian Camilo Cuervo (Eds.)

HGGS

HEIDELBERGER
GRADUIERTENSCHULE
FÜR GEISTES- UND
SOZIALWISSENSCHAFTEN



UNIVERSITÄT
HEIDELBERG
ZUKUNFT
SEIT 1386



BADEN-
WÜRTTEMBERG
STIPENDIUM



Voces en el Umbral

Encuentros de Escritura Creativa

Voces en el Umbral

Encuentros de Escritura Creativa

Vanessa Márquez Vargas

Cristian Camilo Cuervo (Eds.)

HGGS

HEIDELBERGER
GRADUIERTENSCHULE
FÜR GEISTES- UND
SOZIALWISSENSCHAFTEN



UNIVERSITÄT
HEIDELBERG
ZUKUNFT
SEIT 1386



BADEN-
WÜRTTEMBERG
STIPENDIUM*

Voces en el Umbral
Encuentros de Escritura Creativa
(2025)

Editores:
Vanessa A. Márquez Vargas
Cristian Camilo Cuervo

Diagramación general y diseño de portada: Cristian Camilo Cuervo

Fotografía de portada: Debby Avendaño Sánchez
Montaje final de portada: Juvenal Álvarez Uzcátegui

Frontispicio interior:
El Umbral al Taller (2025) Derechos de autor de Kornelia Roth

ISBN: 9 78 3982 219684

Publicado por:
Heidelberger Graduiertenschule für Geistes- und Sozialwissenschaften (HGGS)
Universität Heidelberg
Voßstr. 2, Geb. 4370
69115 Heidelberg

Esta obra es el resultado de un ejercicio académico y no tiene como objetivo ser comercializada.

Impreso en Heidelberg, Alemania

Agradecimientos

Ante todo, esta obra no habría sido posible sin la contribución de todas esas personas que decidieron abrirle un espacio a la imaginación, al poder insospechado de la palabra escrita para sondear el alma, expresar, evocar, soñar, intuir, maravillarse e incluso, para transformar la realidad. En ese sentido, gracias a todas y todos los autores que hicieron parte de esta iniciativa.

Queremos expresar nuestra gratitud a todo el equipo de la *Heidelberger Graduiertenschule für Geistes- und Sozialwissenschaften* (HGGS), en particular a su coordinadora, Dra. Astrid Wind, por apoyar entusiastamente este proyecto desde sus inicios y acompañar todo el proceso hasta llegar a este feliz resultado.

Agradecimientos especiales a Debby Avendaño Sánchez por su extraordinaria capacidad para capturar en fotografía la magia de los espacios y enriquecer con una de sus imágenes la cara visible de esta obra. Igualmente, a Kornelia Roth por sus

valiosas gestiones, así como por aportar su maravilloso talento para la creación del frontispicio interior de este libro y que da la bienvenida al umbral y sus relatos.

Por último, gracias a la Fundación Baden-Württemberg, que a través de la Beca Baden-Württemberg hizo posible este encuentro creativo donde pudieron converger las palabras de ambos lados del Atlántico.

Contenido

Voces en el Umbral	
Encuentros de Escritura Creativa	1
Comerme al Mundo: Entre el Umbral de Dos Mundos	25
Don Silencio	37
La Agonía de las Mañanas Libres.....	43
Ella.....	49
La Puerta	55
Princesa de Camino Dorado.....	63
El Arquitecto de Dios	67
Moleskin.....	77
Tú, pixelado	87
Amparo	93
Home Sweet Home.....	109
La Magia de Oma Sabi.....	117
Fibras Vitales.....	123
La Última Visita de Don Eupelistes Verdemeo	131
Editores	139



Voces en el Umbral

Encuentros de Escritura Creativa

VANESSA A. MÁRQUEZ VARGAS

El pasado 24 de junio tuve la oportunidad de vivir una de esas experiencias que confirman por qué dedico mi investigación doctoral a la escritura creativa vista desde las ciencias del significado. En los espacios de la Theatersaal de la Triplexmensa de la Universidad de Heidelberg, Alemania, dieciséis personas provenientes de Alemania, Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, España, México y Venezuela, se reunieron conmigo para explorar juntos ese fascinante territorio llamado escritura, donde las emociones se transforman en palabras y las palabras cobran vida propia.

Diseñé un taller de escritura como una extensión práctica de mi investigación sobre “Escritura creativa: construcción pedagógica desde las ciencias del significado”, pero lo que aconteció ese día superó

todas mis expectativas académicas para convertirse en algo profundamente humano y transformador.

Desde el momento en el que comenzamos la sesión, pude percibir cómo la lengua española funcionaba como un puente emocional que conectaba historias, memorias y sensaciones dispersas por la geografía. Vi rostros que se iluminaban cuando las herramientas que había preparado despertaban voces que estaban dormidas. Observé cómo el proceso de escritura libre suspende el juicio inmediato, creando un espacio en el que cada participante pudo experimentar esa *libertad de ser por escrito* que busco teorizar en mi investigación. Una libertad creativa que devino en un modelo y un método de escritura como herramienta pedagógica.

Los instrumentos de escritura pensados y organizados desde las consideraciones teóricas y metodológicas de las ciencias del significado y la literatura funcionaron como llaves que abrieron puertas interiores en cada persona. Estos ejercicios de escritura automática conectaban con el flujo inconsciente del lenguaje. Propiciaron exploraciones semióticas con objetos cotidianos que desataron cadenas de significación plasmadas en pequeños relatos cuyas palabras son texturas, olores y sabores. Lo que más me emocionó fue ver cómo los participantes fueron sumergiéndose gradualmente en un proceso donde

la inventiva se daba naturalmente cuando se eliminaban las barreras del juicio crítico.

Esto confirma el propósito de mi investigación teórica y refuerza mis motivaciones personales como lectora, investigadora y rayadora de papel, en cuanto a la existencia de la dimensión sensible del lenguaje que requiere y puede manifestarse plenamente en espacios pedagógicos específicos.

De ese cruce de voces en el umbral de lenguas y culturas, nace este pequeño pero significativo texto. Este proyecto editorial constituye una extensión natural de la experiencia vivida y representada; asimismo, una forma de honrar la generosidad y la valentía de quienes se atrevieron a compartir sus mundos interiores a través de la escritura.

Este libro es un testimonio tangible de cómo la escritura creativa funciona como un espacio de encuentro intercultural y de construcción colectiva de sentido. Allí, las diferencias geográficas y culturales se convierten en riqueza comunicativa en donde cada voz aporta una tonalidad única a esta sinfonía de palabras nacida en los espacios de la Universidad de Heidelberg, trascendiendo cualquier frontera física o simbólica.

La articulación inventiva del sentido

Existe un momento en que la mano encuentra el papel y algo se despierta. Este despertar señala la potencialidad del sentido en estado latente, que se actualiza en el soporte material cuando la mano, en su función de agente performativo de la significación, despliega la escritura con libertad. Comenzamos nuestro taller con la imagen del umbral, ese espacio liminal donde confluyen fuerzas conocidas y desconocidas, donde el silencio se transforma en voz y crea el momento preciso para el encuentro.

Los umbrales son mucho más que metáforas arquitectónicas o literarias que permiten cambiar de estados físicos, o transformar la materia en formas etéreas o psicodélicas; son espacios semióticos donde el significado se articula a partir del encuentro entre la experiencia vivida y la posibilidad de nombrarla. Situados en el umbral que nuestras mentes dibujaron durante unos minutos de quietud y relajación, iniciamos un proceso de consideración sensorial, sensitiva y de las emociones, lo cual progresivamente se manifestó en los ejercicios que resultaron en piezas textuales únicas.

Durante la jornada de escritura nacieron los textos que componen esta compilación y todos fuimos testigos de un fenómeno que me recordó

inmediatamente lo que la semiótica de las pasiones me ha mostrado; el momento en que la potencialidad se actualiza, cuando aquello que permanecía en estado virtual encuentra su manifestación discursiva. Cada participante cruzó un umbral personal y esto permitió que la escritura dejase de ser un acto mecánico para convertirse en un gesto de libertad significativa.

La propuesta “nacer por escrito” fue la invitación a experimentar la posibilidad de construir mundos, para dar forma sensible a aquello que hasta entonces había permanecido informe en la experiencia. Escribir, en este caso, es un acto de génesis, de iniciación a la palabra en un estado “puro”, auténtico.

Los textos que aquí se presentan son el testimonio directo de esos nacimientos. Cada uno conserva la frescura del primer encuentro entre la mano y la página, entre el pensamiento y su materialización gráfica. No han sido sometidos a intervenciones editoriales significativas porque su valor reside precisamente en esa autenticidad primigenia, en esa espontaneidad que emerge cuando se suspende el juicio crítico inmediato y se permite que la escritura fluya desde sus propias necesidades comunicativas.

Una de las convicciones que orientó nuestro trabajo fue la certeza de que toda persona posee un

potencial narrativo, una capacidad de configurar sentido a través del lenguaje que trasciende la condición profesional del escritor. Esta perspectiva de la escritura se fundamenta en una comprensión del lenguaje como facultad constitutiva del ser humano, del sujeto patémico, sintiente, pasional, afectivizado.

El lenguaje es transversal a todas nuestras acciones y rescatar la escritura en lengua materna, o poner a prueba la competencia lingüística de otro idioma, atribuye también valor a la secuencia narrativa en cada ejercicio. Hablar y escribir en español en el contexto alemán fue profundamente enriquecedor y pertinente a la sensibilidad creadora de cada participante. Fue fascinante observar cómo esta premisa se confirmaba en la práctica en la medida en que el sentido no preexiste a su manifestación, sino que se constituye en el mismo acto de enunciación, de escribir, en el encuentro entre la subjetividad y las posibilidades del lenguaje.

Los participantes provenían de diferentes disciplinas de estudio y profesiones, con distintas habilidades y experiencias de vida. Son traductores, profesores, filósofos, psicólogos, abogados, filólogos, informáticos, estudiantes de doctorado, arquitectos, biólogos, artistas plásticos y visuales. Algunos se definían como escritores, otros jamás habían considerado escribir como una posibilidad. Sin

embargo, todos compartíamos algo fundamental: la capacidad de dejarnos tocar por la experiencia y de encontrar, en el gesto de escribir, una forma de procesar y transformar ideas y sensaciones en discurso.

Lo que presencié durante esas horas de taller, horas de vida y de comunicación, me recordó constantemente la función narrativa de la identidad, nuestra necesidad gregaria y constitutiva de organizar la experiencia temporal en tramas que le otorguen significado a la vida en medio de la rutina diaria. No se trata de una habilidad técnica que algunos poseen y otros no, sino de una competencia fundamental que la escritura creativa puede despertar y canalizar cuando se crean las condiciones apropiadas.

Tiempo, límite y creación: metodología

El diseño metodológico del taller se fundamentó en una comprensión específica de cómo opera la creatividad en el marco de la escritura. Lejos de la imagen romántica del escritor esperando una inspiración divina, trabajamos con la convicción de que la imaginación responde a estímulos precisos y se potencia a través de limitaciones que, paradójicamente, liberan el flujo comunicativo.

El uso del cronómetro sirvió como herramienta para la escritura práctica pues, desde mi propia experiencia como investigadora, el tiempo limitado cumple una función semiótica específica que es suspender la reflexión metalingüística que muchas veces paraliza la escritura espontánea. Cuando sabemos que tenemos sólo diez, quince o veinte minutos, la presión temporal desactiva el censor interno y permite que surjan conexiones imprevistas, asociaciones que el pensamiento controlado difícilmente habría permitido.

En la escritura, el uso de “disparadores” y del cronómetro funciona activando el pensamiento divergente. Cuando el tiempo es limitado, cuando ciertos elementos deben aparecer obligatoriamente en el texto como *mocos*, *helado*, *pijama*, *tenedor*, y también cuando se prohíbe usar determinadas palabras, como “casa”, u “hogar”, el cerebro se ve forzado a encontrar rutas alternativas. Así, debe explorar otros territorios discursivos e incluso atreverse a poner estas palabras en contextos poco usuales, a pronunciarlas y a atribuirles significados distintos. De este modo, debe hacerlas encajar como piezas de un rompecabezas no pensado bajo la lógica habitual del discurso académico.

Los “disparadores” utilizados en cada etapa de la sesión funcionaron como dispositivos activadores

de la inspiración, que conectan elementos aparentemente inconexos para generar nuevas articulaciones semánticas y pragmáticas. Resultó muy llamativo observar cómo un objeto tan prosaico como un “tenedor” puede convertirse en el núcleo de una reflexión sobre la soledad, sobre las rutinas domésticas, sobre la nostalgia. Una palabra como “mocos” abría el camino hacia memorias infantiles, hacia reflexiones sobre la corporalidad, hacia la construcción de personajes entrañablemente humanos más cercanos a la realidad que a la ficción.

La función sensible del lenguaje en la escritura artística

Uno de los aspectos más reveladores del proceso fue constatar cómo la presión del cronómetro y los “disparadores” permiten acceder a lo que podríamos llamar la dimensión sensible del lenguaje. Más allá de su función comunicativa o informativa, el lenguaje posee una capacidad estésica, la posibilidad de generar efectos sensitivos que pasan por el cuerpo, que movilizan afectos, que configuran atmósferas. Los textos resultantes del taller emocionan precisamente por esta razón. De este modo, pudimos observar cómo operan los mecanismos que la semiótica de las

pasiones estudia. Cada participante, al enfrentarse a la página en blanco, debió negociar con sus propios estados emocionales como el miedo al ridículo, la ansiedad por no tener, aparentemente, “nada que decir” y la sorpresa ante las propias capacidades discursivas.

Esta negociación pasional se inscribe directamente en los textos de manera fascinante y el lector de buen paladar sabrá degustar cada relato al descubrirlo como un bocado único y especial.

En “Home Sweet Home” de Nora Serling, por ejemplo, la descripción de la rutina matutina del escritor frustrado adquiere una densidad sensorial que trasciende la narración de eventos durante una mañana en la vida rutinaria y gris de una pareja, que puede ser cualquier pareja. La cafetera de cápsulas, la lámpara, el helado comido con tenedor; cada elemento funciona como un índice sensible que construye una atmósfera de resignación y desesperanza, pero también de ternura hacia la condición humana con la leve insinuación del deseo que se trunca en el hábito y la mediocridad de los días.

En el texto “Don Silencio” de Nicole Villanueva, asistimos a una exploración poética del silencio como entidad sensible. El texto no describe el silencio; lo hace presente a través de la materialidad del lenguaje, a través de ritmos, repeticiones, imágenes envolventes en la experiencia estética del

callar. “El silencio necesita valentía para ser saboreado. Tiempo para ser escuchado. Espacio para ser sentido”, estas frases no informan sobre el silencio; lo encarnan discursivamente.

En “La Agonía de las Mañanas Libres” de Maira Suárez, el personaje se observa en un espejo fragmentado que le devuelve una imagen igualmente fragmentada de sí misma. El espejo funciona aquí como una metáfora de la escritura: ese dispositivo que nos permite vernos y reconocernos, pero siempre de manera parcial, siempre mediada por la materialidad del lenguaje. La melancolía que atraviesa este texto es una modalización pasional que compone la totalidad del discurso. Cada imagen; las líneas de fumador en los labios, las canas débiles, los ojos como caracolas vacías, están atravesadas por esa tonalidad melancólica que convierte la descripción en revelación.

Algo similar ocurre en “Ella” de Alejandra Kudo, un relato en el que la nostalgia por la tierra natal se articula a través de la construcción de un sujeto dividido entre dos espacios, dos temporalidades, dos formas de habitar el mundo. El texto genera una sensación de movilidad hacia el vacío y cada objeto; la bicicleta, las calles del casco antiguo, el café con nata, funcionan como signos que condensan memorias, proyecciones e identidades en construcción.

El gesto de escribir a mano

Una decisión metodológica fue privilegiar la escritura manuscrita por sobre la digital. Esta elección responde a la relación entre corporalidad y manifestación discursiva en el acto de escribir que he ido desarrollando a lo largo de mi investigación. Escribir a mano implica una temporalidad diferente. La velocidad de la mano con el bolígrafo, el lápiz, o el marcador de color es más próxima a la velocidad del pensamiento reflexivo que la velocidad de los dedos sobre el teclado. Esta sincronización permite una forma particular de elaboración del pensamiento que se articula directamente con el gesto gráfico. No es lo mismo pensar y escribir, que pensar para escribir. Además, la escritura manuscrita conserva la huella del proceso. Los tachones, las correcciones, las vacilaciones quedan inscritas en el papel como testimonios del trabajo del pensamiento. Esto se tradujo en textos que conservan la inmediatez de lo inventivo, una espontaneidad que habría sido difícil de lograr en un computador; en tanto que, aunque estén transcritos acá gracias a procesadores de texto y artilugios editoriales, la materialidad del gesto quedó inscrita en la materialidad del sentido.

Esta modalidad del proceso es visible en textos como “La Puerta” de Astrid Balza, en donde la

construcción del personaje infantil se articula a través de una sintaxis que parece mimetizar los meandros del pensamiento del niño. Se trata de un viaje en el tiempo de la memoria, de la imaginación que corre sin presión, capaz de recrear la ilusión de la niñez por descubrir el mundo y la imagen de quien ya viene de regreso con los años y sus aprendizajes, o la presencia imaginada en un tiempo alternativo, en el que todavía viven los que amamos, sin ser vistos, sólo percibidos.

Alteridades y espejos

En el trabajo con espejos de bolsillo, cada participante debía escribir desde la perspectiva de su propio reflejo. Esta actividad, que podríamos enmarcar en el territorio de la autoficción, permitió explorar las complejas relaciones entre identidad y alteridad que atraviesan todo acto de escritura con el cual se explora la identidad narrativa. La idea de que nos conocemos siempre en relación con la alteridad, de que no nos conocemos directamente sino a través de las mediaciones del lenguaje, se volvía tangible en este ejercicio.

Escribir es, de este modo, un acto de alteridad constitutiva, porque el uso del espejo permitió

experimentar esta alteridad de manera literal. Mirarse durante dos minutos y luego poner el verbo en acción desde la perspectiva del reflejo implicó una duplicación del sujeto de la enunciación que resultó extraordinariamente productiva. En muchos casos, surgieron perspectivas sobre sí mismos que los participantes no habrían logrado desde una escritura directamente autobiográfica.

En “Tú, pixelado” de Debby Avendaño, este ejercicio se convierte en una reflexión metadiscursiva sobre la propia condición de la escritura. El “tú” del título es simultáneamente el reflejo en el espejo y el lector del texto, generando una estructura enunciativa compleja que problematiza las fronteras entre subjetividad y objetividad, entre interior y exterior. La imagen pixelada de un reflejo que se encuentra dentro de la voz narrativa, contrastada con un reflejo que se expande hacia todo y nada al mismo tiempo, ofrece una sensación de búsqueda introspectiva alucinada.

La construcción del sentido a través de lo sensible

Los textos aquí compilados demuestran con particular claridad que el sentido no se construye

únicamente a través de estructuras lógico-conceptuales, sino también, y de manera fundamental, a través de configuraciones sensibles que preceden y exceden las conceptualizaciones.

En “Princesa de Camino Dorado” de Paul Dávila, asistimos a una escritura que se articula principalmente a través de imágenes sensoriales y ritmos que evocan tradiciones poéticas orales. El texto incluye expresiones en quechua “ñustapas kay pacha/ñustapas hanaq pacha”, marcas de identidad cultural, sonoridades que estructuran una atmósfera específica, un mundo sensible particular, un camino iluminado ante una búsqueda inesperada pero igualmente agradecida.

Esta dimensión sensible se hace evidente al hablar sobre el hogar explorando las sensaciones de eso que nos recuerda el lugar especial que habitamos. Cuando se prohíbe usar las palabras “casa” u “hogar”, o cuando se obliga a construir una historia a través de olores, texturas, sabores y sonidos, cobra vida una escritura que se vuelve bisagra entre la idea y la palabra para acceder a formas primarias y más poderosas de construcción de sentido. Esta estrategia revela que antes de ser conceptual, la experiencia es sensible. Los sentidos no son simplemente canales de información; son formas de conocimiento, maneras de

habitar el mundo que la escritura puede recuperar y potenciar.

Temporalidades y memorias

Los textos trabajan explícitamente con la función narrativa de la memoria, reconfigurando eventos en tramas que confieren sentido al presente de la escritura. En “Comerme al Mundo: Entre el Umbral de Dos Mundos” de Martha Beatriz, apreciamos la construcción de una identidad narrativa compleja que se constituye a través del desplazamiento geográfico y cultural. El personaje de Leopold Maximiliano von Massenbach funciona como un *alter ego* que permite explorar temas de migración, identidad y pertenencia. Esto desde una perspectiva que combina lo autobiográfico con lo ficcional de manera reflexiva y al mismo tiempo divertida. En la estructura temporal de la historia, el narrador se sitúa al final de su vida “a mis 89 años” para construir retrospectivamente una trama que busca dar coherencia a una existencia marcada por el movimiento constante. Esta posición enunciativa permite una reflexión sobre el tiempo que trasciende la condición humana y se muestra como mecanismo de mediación temporal del relato.

Por su parte, en “El Arquitecto de Dios” de Adrian Navia, los elementos de incorporación obligatoria aparecen integrados de manera orgánica en una reflexión cosmogónica que combina humor, profundidad filosófica y crítica social. La memoria del sueño, y el juego entre lo real y lo aparente se combinan para enunciar desde el no-tiempo, desde la idea de la creación primigenia como acto de arquitectura que funciona entre la mediación y la explotación.

La escritura como espacio para la libertad de ser

Más allá de las técnicas específicas y de los ejercicios concretos, el taller se estructuró fundamentalmente como un espacio de libertad. No la libertad abstracta de quien puede escribir “lo que quiera”, sino la libertad concreta de quien descubre que puede escribir, que tiene algo que decir, que su voz puede ser escuchada.

Esta libertad se conquistó gradualmente, ejercicio tras ejercicio. Fue especialmente visible en los momentos de lectura compartida, cuando cada participante escuchaba su propia voz resonando en el espacio colectivo y descubría, quizás con sorpresa, que sus palabras generaban efectos en otros, que su

experiencia singular podía conectar con experiencias ajenas.

La escritura creativa, en este sentido, funciona como un conjunto de prácticas que permiten acceder a dimensiones de la experiencia que de otro modo permanecerían inexploradas. No se trata de formar escritores profesionales, sino de activar capacidades expresivas que enriquecen la relación con el lenguaje y, a través de él, con el mundo, particularmente el mundo interior de quien escribe.

Sin embargo, es necesario puntualizar la noción de espontaneidad como garantía de autenticidad. La escritura libre y la suspensión del juicio crítico no producen automáticamente un acceso directo a la “verdad” del sujeto o a formas “puras” de manifestación discursiva. Más bien, activan configuraciones discursivas específicas que, aunque diferentes de las modalidades reflexivas habituales, no dejan de estar mediadas por competencias culturales, repertorios simbólicos y dispositivos semióticos particulares. La espontaneidad, en este contexto, no elimina la construcción del sentido, sino que la desplaza hacia otros territorios de la significación, donde operan lógicas asociativas, memorias corporales y esquemas emocionales que también son formas de organización cultural de la experiencia. Lo que experimentamos como “liberación”

de la voz auténtica es, especialmente, la activación de potencialidades significantes que permanecían latentes en el repertorio discursivo de cada participante.

De este modo, los textos que se presentan no aspiran a la perfección formal ni a la sofisticación técnica. Su valor reside en otra dimensión, en la autenticidad del gesto comunicativo, en la sinceridad del encuentro entre la subjetividad y el lenguaje, sin que se confunda autenticidad con ingenuidad. Los textos dan cuenta de diferentes grados de elaboración, diversos niveles de competencia narrativa, pero todos comparten la honestidad del proceso de creación textual. Son textos que nacieron por necesidad de comunicar, privilegiando la exploración por sobre la exhibición, sin mayores cálculos literarios.

En “Moleskin”, encontramos una reflexión metadiscursiva sobre el propio proceso de escritura y lectura. El narrador futuro que reconstruye fragmentos del pasado a través de textos encontrados funciona como una alegoría del lector, de alguien que busca entender, a través de rastros textuales de otra época, antes de una catástrofe, algo sobre la condición humana y sus formas de construir sentido ante los acontecimientos.

Así se habitan el tiempo y la memoria, bajo el “Amparo” del perdón y la reconciliación con el dolor.

El texto de Constanza Cárdenas es un acto de liberación, incluso más allá de lo semiótico, que desenreda poco a poco los nudos de una larga trenza de perturbaciones. Por su parte, “La Última Visita de Don Eupelistes Verdemeo” de Cristian Camilo Cuervo invita a reflexionar sobre la muerte como estado metapasional. La perspectiva de la finitud, lejos de ser el fin del sentido, es el horizonte que otorga significación a la experiencia sensible del encuentro con el sueño y el sorpresivo idilio con la muerte.

En el tránsito por el umbral observamos el funcionamiento de los objetos cotidianos como dispositivos semióticos que activan la memoria sensitiva y estructuran espacios de intimidad afectiva. En el texto de Kornelia Roth “Fibras Vitales”, el cepillado del cabello entre abuela y nieta es un momento privilegiado en el que el tiempo lineal se suspende para que los objetos se vuelvan protagonistas de la acción principal de la historia. El cepillo y las horquillas, más allá de su función utilitaria, son signos que condensan toda una tradición de cuidado y ternura generacional. Cada pasada del cepillo sobre el cabello largo es un acto que recrea la memoria corporal y una forma particular de amor.

En esta misma línea que invoca el poder de la memoria está “La Magia de Oma Sabi”. La historia de Beatriz Chuquimia Aranda condensa siglos de

conocimiento sobre la relación sagrada entre el ser humano y las fuerzas naturales. Los rituales descritos, desde la protección contra el granizo hasta la lucha contra los remolinos de viento, funcionan como prácticas significantes que organizan la experiencia comunitaria en torno a afectos protectores y vínculos sagrados con el territorio.

Al finalizar este recorrido por los principios teóricos y metodológicos que orientaron nuestro taller, al observar los textos que resultaron de esta experiencia, se confirma la intuición inicial: toda persona posee un potencial narrativo que la escritura creativa puede despertar y canalizar cuando se establecen las condiciones apropiadas. Por ello, quizás, lo más importante sea constatar que este despertar marca el comienzo de un proceso trascendente. El umbral no es sólo un lugar que se cruza una vez para llegar a otro lado; es un espacio que se habita, una condición que se cultiva. Los participantes del taller no se convirtieron en escritores de un día para otro, pero sí devinieron en personas que escriben, en sujetos que han incorporado la escritura como una posibilidad comunicativa propia.

Esta distinción resulta importante para que quienes nos lean lo tomen en cuenta; la escritura no es necesariamente una vocación profesional, sino una competencia humana que puede enriquecer la

vida de cualquier persona en el contexto adecuado. Es una forma de procesar la experiencia, de dar forma a lo vivido, de explorar dimensiones de la subjetividad que de otro modo permanecerían mudas.

Los textos de esta compilación son la prueba de que el umbral se manifiesta cuando se dan las condiciones apropiadas, cuando se suspenden temporalmente los juicios críticos, y suenan las voces que no sabían que tenían algo que decir. Y tal vez esa sea la función más importante de la escritura creativa; no tanto formar escritores como activar voces, no tanto enseñar técnicas como liberar el potencial de la imaginación y el ingenio para enriquecer nuestra relación con el lenguaje y, a través de él, con nosotros mismos y con el mundo.

Cada texto es un testimonio de ese despertar, un documento de ese proceso de liberación para configurar la experiencia en relato; de darle forma sensible a lo vivido, de encontrar en el lenguaje un espacio de libertad y autenticidad.

El umbral permanece abierto, la invitación persiste, la escritura espera.

Heidelberg, agosto de 2025

Voces en el Umbral



MARTHA BEATRIZ (54 años). Soy mexicana de nacimiento. Viví los primeros 24 años de mi vida en México. A esa edad conocí al padre de mis hijas. Me fui a vivir a California con él para hacer mi doctorado en Biología. Estuve allí 5 años y en 1999 nos fuimos a vivir a Stuttgart también por 5 años. Impartí clases de biología en inglés en una escuela internacional, y nació mi primera hija (2004). En 2006 nos fuimos a Canadá donde nació la segunda (2007) y tercera hija (2010).

Su padre insistió en regresar a Alemania en 2012 con la esperanza de encontrar trabajo. Cosa que no ha conseguido. Va y viene entre Alemania y Canadá donde está empleado. Fue muy estresante para mí estar sola aquí con las hijas en Alemania. Y tuve una crisis existencial. Quise regresar a México o Canadá, pero él insistió en quedarnos en su país. Desde 2021 estamos separados y en el 2022 metí divorcio. Aquí sigo esperando que me pueda divorciar. Mientras eso sucede he decidido ser feliz bajo mis circunstancias en Alemania. Me encanta dar clases de biología, inglés y español. Mis *hobbies* son el ciclismo, el buceo y el campismo. Me encanta la música y viajar, en especial a mi país. Escribir es una manera de expresar mis nostalgias, frustraciones y mi condición de inmigrante.

Comerme al Mundo: Entre el Umbral de Dos Mundos

MARTHA BEATRIZ

Me llamo Leopold Maximiliano von Massenbach y soy biólogo de profesión y corazón. Vivo en mi segunda patria desde hace 20 años. Llegué después de una crisis dolorosa donde mi esposa me dejó por mi mejor amigo. Después de todos estos años de haber dejado mi patria Alemania, puedo a mis 89 años entender por qué mi primera esposa me dejó por otro. Soy un tipo de persona que siempre está buscando cambios, experiencias, aventuras en lejanos países, buscando escarabajos en el Congo de África, o Mamuts en la tundra de la Siberia Rusa. Es como si yo

tuviera un cronometro dentro de mi cerebro que hace tic tic tic ¿cuánto tiempo me queda para evitar echar raíces?

Eso de echar raíces me da pánico. Porque significa que me estanco, me cemento, me quedo estático, aburrido y burgués. Al alcanzar estas décadas de fines de los 80 me doy cuenta de que la paz interna la alcanzaré al morir. Pues este mundo a pesar de sus locuras y que nunca lo voy a entender me sigue fascinando. La historia natural y su estudio me han dado la definición de mi persona, mi identidad particular. Me siento más biólogo que humano y créanme cuando les digo que he tratado de asentarme tres veces con 3 diferentes mujeres. ¡La tercera vez fue la vencida, fue la buena!

Más al final salgo huyendo, buscando un no sé qué, donde la libertad de pensamiento y libertad física no se limita a temas urbanos y aburridos como: qué vamos a comer hoy y necesito lavar mi ropa. Pero tarde o temprano, todos asentamos cabeza, les contaré mi historia al umbral de dejar esta vida y entrar en otra.

Al dejar mi patria, dejé mi ciudad, mi tierra, mi gente y mi identidad prusiana. Y no era consciente de mi estado de inmigrante. Viajé por muchas partes del mundo. Tuve suerte de nacer dentro de una familia donde el dinero no es tema. Básicamente nací con

cuchara de plata en la boca. Eso me dio el privilegio de escapar de los duros inviernos germanos y dos guerras mundiales en Europa.

En los días de estudiante paseaba por las calles de Heidelberg, pues es allí donde decidí que la historia natural era lo mío. La Uniplatz era el lugar de los chismes, las fiestas, las peleas y los besos escondidos. Era consciente que este mundo está rodeado de VIDA. Los humanos sin darnos cuenta somos detectados tanto por plantas y animales que huyen de nosotros o se acercan. Mis maestros de botánica empezaron por hablar de la flora local y me di cuenta de que el conocimiento empieza por lo local y de allí se expande el futuro. Chequé los árboles que rodean la Uniplatz y había ahí un roble en particular que me llamaba la atención. Al pasar por la Uniplatz lo saludaba en especial cuando pasaba a la carrera para llegar a mis clases.

Mis héroes eran Humboldt y Darwin. Y aunque viajé por todas partes del mundo sin parar y con ganas de comérmelo...Nunca dejé de pensar en ese árbol de la Uniplatz. Al llegar al capítulo final de mi vida antes de morir pensé en ese árbol y me pregunté a mí mismo: ¿habría sobrevivido las dos guerras mundiales como yo? ¿O quizás una plaga, hongo o ataque de insectos lo habrían acabado?

Decidí dejar Alemania para irme a Cuba, ahí estudié el control de plagas en los ingenios azucareros, mis conocimientos de insectos me habían dado la facilidad también de controlar su sobrepoblación. De allí me fui a Guatemala y seguí trabajando en los mismos temas, comparando insectos y el tipo de suelo y tipo de vegetación para el ingenio azucarero. Finalmente tuve tantas dificultades en Guatemala que decidí irme a México a probar mi suerte. Trabajé con la fauna nativa en los bosques aledaños a los ingenios azucareros, en las mañanas censando aves y de noche estudiando murciélagos.

México me encantó desde que puse pie en Veracruz, y al principio del siglo XIX era un caos y belleza al mismo tiempo. ¡Se viven karmas dramáticos! No daba cabida a lo que mis ojos veían y los que mis oídos escuchaban ni los olores que percibía y la comida que degustaba. Había de todo, desde lo asqueroso a lo sublime. De lo terrible a lo hermoso y lo disonante hasta lo melódico.

El presidente Porfirio Díaz entraba al poder y él me había recomendado para trabajar en la secretaría de agricultura y recursos hidráulicos. El salario y la fama eran de buen nivel.

¡Me encantaba la ciudad de México y los mercados eran increíbles! México está en sus mercados (como

diría Pablo Neruda). Con el dinero que heredé de mi madre que era de la familia nórdica, de la familia Von Maassenbach me concentré en fundar el primer museo de historia natural llamado El Chopo, para que la gente de la CDMX se informara de las maravillas de la biodiversidad de su país.

El 13 de diciembre, que era el día después de Nuestra Señora de Guadalupe, había decidido ir de regreso a mi casa en Coyoacán y fui a su excelente mercado allí probé unas deliciosas enchiladas suizas bañadas con salsa de tomate verde y queso gratinado. Agarré el tenedor y tomé una porción y me la metí en la boca... ¡hmmm delicioso!

Había estado medio agripado y el chile de la salsa de tomate verde hizo que estornudara y me salieron muchos mocos de la nariz. Rápidamente me la limpié muy discretamente. Probé un postre con chocolate y crema batida y sentí nostalgia de las reposterías de Berlín, aunque el chocolate ¡viene de México! Y no se cansan los mexicanos de repetírmelo una y otra vez. Como disco rayado.

Otro día, después de trabajar en el museo del Chopo cerca al monumento de la Revolución, decidí dar un paseo por la Alameda. Mi idea era ir a casa lo más rápido posible porque quería leer un libro que acababa de adquirir. Pero había escuchado que había

una nueva tienda de dulces que me habían recomendado. Fue allí que conocí a mi tercera mujer, era una de las chicas que trabajan allí. Mi esposa mexicana, la única que sentí que podía hacer con ella lo que yo quisiera. Mis otras dos mujeres habían sido europeas, pero esta era mexicana y mucho más sumisa que las demás. Aparte su condición de huérfana la deba mucha vulnerabilidad. Antes de la mexicana había estado arrejuntado con una francesa y vivimos en Cuernavaca durante ese tiempo. Tuve una hija con ella. Por desgracia Isaura, la segunda mujer, no me tenía mucha paciencia, ni con mis desplantes, ni con mis bichos. Yo la hacía enojar tanto que ella de coraje me gritaba y aventaba en la cabeza pan duro. ¿Será que cuando los hombres estresan tanto a sus mujeres, ellas explotan?

Con mi mujer mexicana tuve 5 hijos, ella fue una mujer dulce y sumisa. Fue a la que más amé, por desgracia también a la que más lastimé. Me case con ella porque mi hija mayor Bertha decía que le daba vergüenza que ella y sus hermanos fueran bastardos. Los otros alumnos del Colegio Alemán de la CDMX los insultaban a menudo por este detalle, hasta que cumplí mi deber y nos casamos hechos y derechos.

Antes de la CDMX estuvimos viviendo en Colima, en el rancho “La Esperanza” cerca de Tonina. Allí

también trabajé en el ingenio azucarero. Mis hijos crecieron medio salvajes y trataba en las tardes de, por lo menos, leerles en alemán.

Eso de tener hijos lo cambia a uno y me di cuenta, para mi horror, de que me estaba convirtiendo en un conservador burgués... ni modo ...es el precio que pagar a veces cuando uno tiene hijos, toda la vida te cambia tanto a hombres como a mujeres.

Trataba de integrar mi profunda nostalgia por algunas cosas de mi país que jamás iba a encontrar en México. No era fácil ser buen biólogo, buen esposo y padre. Sin embargo, sí tuvimos algunos éxitos de mezcla de culturas. Las navidades eran a todo dar porque hacíamos posadas mexicanas con todo y piñata, celebrábamos los advientos 4 domingos en el mes de diciembre con galletas y ponche, San Nicolás, El Niño Dios, los tres Reyes magos y la Candelaria. Una excelente mezcolanza Alemana/Mexicana.

Un día mis chamacos me llamaron y me enseñaron unas moneditas de oro, y me dijeron que habían encontrado un tesoro. Al ver las monedas de gran valor decidí que mejor regresaran todo y actuar como que no había pasado nada. Porque esas cosas sólo atraen tragedias. Se dieron cuenta que era una estrategia de sobrevivir y de adaptación.

Yo por ejemplo sobrevivo en México bajo muchas capas de máscaras para que el mundo me admire y respete, sé que es ego, pero no sé de qué otra manera sobrellevar la situación.

Tengo la máscara de científico despreocupado, también del hombre que necesita su mujer, del papá que trata de educar como puede siendo inmigrante en un país a 10, 000 km de distancia y que es a veces como estar en otro planeta, vasto, caótico y fascinante a la vez.

Puedo ser enojón, déspota y controlador cuando se trata de mi trabajo y la educación de mis hijos. ¡También estricto, inflexible y mandón!

Yo pienso que cada uno se adapta como puede y todas las personas usan máscaras de acuerdo a lo que la vida les da.

Volviendo al asunto de mis hijos y la biología nos encontrábamos en el comedor cenando y en el techo encima de la mesa había unas anchas vigas de madera y escuchamos que algún animal corría por allí y de repente nos cae en la mesa una iguana de tamaño gigante y de un color verde intenso. Todos saltamos espantados y los chamacos no dejaban de gritar, tiraron sillas y daban de alaridos. Traté de calmar la situación y abrí la puerta del comedor al jardín y la

pobre iguana (que seguro estaba más espantada que nosotros) salió muy rápido a la libertad.

Yo me miro en el espejo y veo a un hombre a fines de sus años 80s con poco cabello, la mayor parte blanco con una larga barba y lenticitos redondos. Esos lenticitos que me han ayudado a leer todos estos años. Veo mis ojos verde oliva y me pregunto a mí mismo: ¿cuáles descendientes míos los heredaran en el futuro? ¿Esos ojos verdes de mi madre? Los veo en mi hija Bertha y mi hijo Ralph. Mis otros hijos tienen los ojos castaños como su madre mexicana.

Veo un hombre que por fin hizo las paces con la vida y sus decisiones. Ya se me pasaron los años de querer comerme al mundo, más bien si no me cuido el mundo me come a mí.

Veo en mis ojos experiencia y preguntas sin contestar y que por eso seré ignorante el resto de mi vida en muchos aspectos. Hice las paces con mi realidad y su burguesía inevitable y con mi condición de inmigrante y mi duelo de no poder tenerlo todo. Por cierto, que una afeitada y corte de cabello en mi barbería favorita no me caería nada mal. Me doy cuenta de lo afortunado que he sido, y lo agradecido que estoy, la verdad es que la vida me ha dado mucho y estoy agradecido. Veo un hombre cansado y

satisfecho con lo que ha sido su vida, también atractivo y a menudo enojón.

Volviendo al pasado...

Nuestros días en el Rancho “La Esperanza” están divididos en una burguesía placentera y me daba cuenta de que la vida de matrimonio y familia solidificaban mi carácter. A pesar de no haber vuelto jamás a Alemania hice mi vida como yo quise en México. Fui biólogo y exploré lo que se me dio la gana. Hasta me toco la Revolución Mexicana, y en Colima nos racionaban la comida como en otras partes del país. ¡Iban mis hijos por comida, llegaban con una canasta a la fila y les daban frijoles, arroz y garbanzos, todo mezclado! Se pasaban las horas dividiendo los granos en tres grupos, y mientras lo hacían cantaban canciones en español y alemán. En algún momento la situación fue demasiado peligrosa y nos mudamos de nuevo a la CDMX con la mayor parte de nuestras pertenencias. Era eso, o los revolucionarios harían lo que quisieran con nosotros. No nos llevamos mucho, pero lo que sí llevamos fue un florero con pájaros e insectos hecho en Alemania. Sabíamos que donde pusiéramos ese florero indicaría que sería nuestro espacio, territorio y tiempo como familia. Todo tiene su principio y su final.

Cierro los ojos y veo el Rancho y los cuartos con techo alto alrededor del patio central, con macetas llenas de flores y jaulas con jilgueros que mis hijos siempre querían liberar. Las baldosas lisas al pasar caminando, siempre había frescura por las plantas y los árboles de nogal. Las fragancias del jazmín de día y el huele de noche, al salir las estrellas y los olores del fogón de la cocina con la comida mexicana, y algunas veces de un pastel alemán de una receta de mi madre. Me gustaba el olor de la mole y del flan. Todo eso será parte de nuestra memoria colectiva. Cuando fallezca espero irme a las estrellas...y nunca olvidaré mis dos patrias.



NICOLE. Mi nombre es Nicole y actualmente me encuentro terminando mi doctorado en filosofía en la Universidad de Heidelberg. Nací y crecí al sur del mundo en un país llamado Chile. Allí estudié filosofía por al menos siete años, incluyendo la Licenciatura en Filosofía y el Magíster en Pensamiento Contemporáneo: Filosofía y Pensamiento Político.

Don Silencio

NICOLE

***E**n este Umbral se encuentra un punto intermedio, entre el pasado y el futuro. Me detengo en este intertempo helado-congelado. Mirando hacia todo aquello que fue y lo que será.*

Este intertempo se encuentra presente y permanece. En este umbral de pronto aparece una sombra, cuán personaje se manifiesta y le doy el nombre de 'Don Silencio'. Le pregunto intentando entender todo aquello de lo que fue y lo que está por venir y no recibo más que un silencio que trasciende convirtiéndose en eco.

*Intento agarrarlo y entender.
Mas no recibo más que un burlesco eco.*

Este Umbral o Lumbral se llama presente y permanece.

Toma forma y se transforma, cuán estatua se manifiesta. A la vista de todo aquél que tenga ojos para visualizarlo.

Y no es más que eso, un ser de piedra. Que en realidad carece del no ser. O estar.

Me encarno en aquella estatua y pienso que no es agradable ser de piedra, o vista, o no sentir. Así que decido moverme con Don Silencio donde podamos ser y estar.

Entonces nos transformamos en piel, ladrillo, sangre o martillo.

En movimiento, y a través de tal o cual sin sentido comienza a hablar sin voz y me doy cuenta que quizás soy yo quien no tiene oídos para escuchar.

El presente se impone y reclama que preguntas y respuestas no son ni eran necesarias.

Solo tenía que caminar lento y escuchar, escuchar al Silencio.

Al caminar con Don Silencio integrado percibo el cemento del tiempo y entiendo, que había un

intertanto que aprehender para no entender y dejar de exigir explicaciones a lo que, desde su movimiento. Estaba destinado a 'Ser'

Su homónimo se esconde en aquellas cosas que parecen cotidianas pero de ninguna manera lo son. En el uso constante de un pijama que vaga por una casa sin temor. Cuán camaleón se convierte en acero y pronto se transforma en tenedor. Capaz de decorar todo aquello que se propone sin dejar huella para aquel que ha sido manipulado. *El devorar constante es su forma de perecer y permanecer.*

No es posible entender tal complejidad sin tener el instinto innato de quebrantarlo.

En cuanto al sabor del Silencio, que se manifiesta en miles de variedades o silencios, este es dulce-amargo. Dependiendo del estado de su piel que se camufla; puede ser un sabor desagradable y adictivo.

Sabe a mocos y a maldad. A juventud y a vejez, al permanente tantear del néctar que agarran las abejas en su brillar.

El silencio necesita valentía para ser saboreado.

Tiempo para ser escuchado.

Espacio para ser sentido.

Es desagradable enfrentarse a ese Don que a la vez es Doña.

Doña por dueña, Dueña de la impureza misma de callar.

Yo tengo una mirada profunda, un castaño de una sombra abismal. Mi presencia ha estado en muchas vidas, en muchos cuerpos, en muchos seres.

No he vagado sino para despedirme constantemente. Para despedirme del habla, para hundirme en el silencio.

Es posible mirar claramente tras mis ojos que hace mucho tiempo abandoné el ruido de este mundo.

He de volver infinitas veces solo para reconocirme y olvidarme de mi misma.

En ese espacio tenue, que todo lo ilumina.

Crear este espacio no es fácil. Es un espacio de reencontro. Con uno mismo, con un otro.

Se manifiesta entonces aquél arduo trabajo de comenzar y crear para reencontrar un lugar donde respirar este permitido. En el sentido de un espacio

privado que a la vez es muy público y concurrido. Pero pocos le prestan la atención minuciosa para escuchar al silencio. Escuchar aquello que hierve, esperando el punto de ebullición para convertirse en una taza de té para un otro. Lo amargo. Un vaso con olor a vino olvidado, o esperando ser nuevamente llenado. Su contraste: una amable tetera a su espera de compartir y destruir así todo egoísmo.

Aquí termina y comienza eso que no es habitual
escuchar

el sonido del silencio.



MAIRA SUÁREZ estudió literatura en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y una maestría en la Universidad Nacional de Colombia. Desde el 2019 vive en Alemania, en donde trabaja como profesora de español como lengua extranjera y en otros oficios varios.

La Agonía de las Mañanas Libres

MAIRA SUÁREZ

El recuerdo le llega de golpe: de niña se escondía entre un armario y se cubría la boca con ambas manos para evitar que su risa delatara su escondite; luego, corría a la cocina y jalaba una, dos, hasta tres veces, la falda gris de su mamá. Ese día, entre las cobijas la recuerda gritando su nombre, la forma de sus labios, el tono tierno de su voz y la mueca que hacía para atrapar el aire seco del mediodía. El baño de su infancia estaba en medio de un patio al aire libre, en las noches su mamá la subía a una silla, y le cepillaba los dientes: aún logra sentir la

sensación de los dedos de su mamá dentro de su boca, cómo jugaba con la seda dental mientras ella observaba quieta y calma las estrellas titilantes y cómo sacaba trozos de pulpa de naranja. Apenas su mamá terminaba de cepillarle los dientes la mandaba a la habitación con el pretexto de que le calentara la cama. Ella abría brazos y piernas para abarcar el mayor espacio posible y cumplir su tarea: crear un campo lleno de tibieza que acogiera el cuerpo cansado de su mamá.

Luego del primer sorbo de café corrió al baño. Tomó un espejo de bolsillo, pequeño y redondo, que abierto cabía en la palma de su mano. Para recorrer su imagen tuvo que moverlo de lado a lado. Lo primero que enmarcó fue su frente y el nacimiento de su cabello, aún limpio, a pesar de haberlo lavado el día anterior. Por más que se esforzó no encontró el par de cabellos blancos que desde hacía días había notado enmarcaban su cara. Lo que sí encontró fue una cana débil en el entrecejo, justo en la mitad de sus cejas pobladas. Y al bajar se encontró con sus ojos, que muy a su pesar, no le decían mucho: no parecían portales a otro mundo, ni los espejos del alma, sino más bien un par de caracolas vacías. Al llegar a la parte baja se encontró con dos líneas que simulaban dos grandes

paréntesis que contenían su boca, y un par de surcos sobre su labio superior. Son las líneas del fumador, el código de barras, le había dicho alguna vez una de sus pocas amigas. No dijo nada, las palabras siempre le faltaron, incluso en los momentos en que más las necesitaba. Como aquella vez que olvidó por completo el nombre de todos sus alumnos de tercero de primaria, transcurrieron varios segundos en los que no lograba asir con palabras ninguno de sus nombres y se lo atribuyó al estrés del día, a la entrega de notas y a la reunión de padres que se llevaba a cabo esa misma tarde. Los ojos se le llenaron de rabia, y la mirada de todos esos niños la hicieron sentir como una fiera recién enjaulada.

De vuelta a su cuarto, tomó la libreta que estaba en el primer cajón de su mesita de noche y con un lápiz escribió el dolor del día: me ha dolido la garganta, y la sal con agua tibia de la noche anterior sólo me ha causado náuseas. Lo escribe mientras un hilo fino de mocos se resbala desde su nariz. En la libreta guarda papeles que encuentra por ahí: una hoja rasgada que encontró en el suelo, la factura de un helado que comió hace muchos años con su exesposo, un par de servilletas ecológicas que le causaron curiosidad, y papeles de diferentes

colores (todo tipo de blancos, rosas pálidos, amarillos y verdes).

Guardó la factura entre las páginas de aquel cuaderno, prensada como si prensara una flor seca por el tiempo. Ese es el único recuerdo que guarda de ese amor, que no fue el único, para su fortuna, pero que sí fue el umbral de un antes y un después. Siempre soñó con ser divorciada, siempre soñó con hacer lo que su madre nunca pudo: divorciarse o salvar su matrimonio. Con tristeza se decidió por lo primero, lo segundo requería más esfuerzo y más renunciaciones en una vida en la que ya había renunciado lo suficiente.



ALEJANDRA KUDO es licenciada en Lenguas Modernas, formada en Colombia. Desde el año 2011 reside en Heidelberg, Alemania, donde ha desarrollado su carrera como docente de español. Desde hace tres años enseña en el ámbito universitario, combinando su pasión por la lengua y la cultura con un enfoque pedagógico dinámico e intercultural.

Además, es fundadora de una asociación sin ánimo de lucro que promueve el intercambio cultural y la integración de comunidades migrantes. Su trabajo busca tender puentes entre América Latina y Europa a través de la educación, el arte y el encuentro humano.

Ella

ALEJANDRA KUDO

Miércoles, 25 de junio de 2025

Ella, ella es la mujer en la que he querido convertirme, pero aún no lo logro. Ella, una mujer querida por su familia, una buena esposa que vive entre dos tierras. La tierra que la vio nacer y el nuevo hogar que tiene ahora. Ella trabaja para sí misma pero comparte lo que tiene. Ella marca el puente entre dos culturas, ayudando a descifrar los códigos culturales que definen a un país. Ella muestra, allá donde va, las facetas positivas de su país, mientras es capaz de moverse en contextos muy diferentes.

Ella es una mujer alegre, segura, segura del camino que va recorriendo, segura hacia dónde va, nada ni nadie le inspira miedo. Ella es capaz de llevarse bien con cualquier persona, pero sabe bien quién es y lo que aporta valor a su vida, sabe elegir sus amistades y las mantiene cerca. Ella es disciplinada, firme en sus decisiones, pero sabe también dejar un espacio para la espontaneidad, para la flexibilidad. A ella le gusta aprender muchas cosas y cada cosa que aprende lo hace muy bien porque es dedicada y solícita.

Cada mañana después de su rutina matutina, Nataly sale a recorrer la ciudad en su bici, su posesión más preciada, esa que le da la libertad de ir a donde quiera sin estar atada a nadie. Su paseo favorito es recorrer las calles del casco antiguo donde vive. Las mañanas son tranquilas, sin turistas, solamente se ven los lugareños limpiando el frente de su casa con mirada esquiva. Esa tranquilidad en un día de verano, con la brisa cálida en su rostro son los que le permiten a Nataly sentirse viva e inspirada. Cómo le gustaría sentir esa tranquilidad en su ciudad natal. Pero allí es diferente de su actual hogar. Allí, en esa metrópoli sobresalen otras cosas. La amabilidad de la gente (la mayoría), gente trabajadora que lucha día a día en esa gran jungla de

cemento donde no hay espacio para las bicicletas, y si lo hubiera no se podría disfrutar igual porque las distancias de un lugar a otro son demasiado grandes y la inseguridad se toma las calles de sol a sol.

Como disfruta de sus paseos en bici. Son esas pequeñas satisfacciones de la vida en un país donde todo “parece funcionar bien”, pero aun así esa nostalgia de la gran ciudad no se va.

Nataly disfruta de su estadía en el lugar donde esté, sea aquí o allá. El poder disfrutar del ‘aquí y el ahora’ es una de sus características que más le gusta. Sin embargo, hay días donde nada es claro. Una mañana se levanta y no siente deseos de nada, se siente vacía, ha olvidado su rumbo. Es casi el mediodía y Nataly aún está en pijama, mira su agenda y por suerte hoy no tiene citas. Su única responsabilidad es ver caer el sol desde su ventana y una que otra tarea pendiente en el hogar. Pero no hacer nada no se siente bien. Nataly está acostumbrada a producir, a ocuparse, pero hoy no. Reflexiona y se autoconvence que hay días donde su mundo necesita una pausa, una pausa para respirar sin sentir la presión social, sin abrumarse por lo que sucede en el mundo real. Hoy es un día para

reflexionar, pensar en su infancia, su adolescencia y recordar qué la motivó a dejar su ciudad, su país y de repente piensa, ¿y si regreso? ¿qué pasaría si vuelvo? ¿qué haría allí? Un país que lo tiene todo, pero también donde hay todo por hacer. De repente, siente un sabor en su boca, algo que despierta recuerdos de su infancia. Una imagen llega a su cabeza: está en la cocina de su casa donde creció y ve a su mamá esperando que hierva la leche para preparar un rico café con leche para la merienda. “Para mí la nata, mamá. Ya sabes que me gusta comerla con mucha azúcar” y sonríe.

Un ruido en la ventana saca a Nataly de su letargo y se ve de repente bañada en lágrimas, y exclama “es tiempo de volver”. Y aunque todo parece confuso, Nataly siente que todo es cada vez más claro, corre para el baño y se mira en el espejo y se pregunta: ¿quién soy? Soy todo lo que me enseñó mi madre. Soy humildad, soy compasión, soy un ser social al que las injusticias la aturden. Soy grande en edad, pero joven de espíritu. Mi cuerpo es el reflejo de todo lo que está bien para mí, para mi familia. Mi mente está lúcida y pide a gritos regresar. Regresar para cumplir todo lo que prometí al partir de esa tierra desolada.

Una sonrisa se dibuja en su rostro. Y entonces,
¿qué voy a extrañar de aquí?

Pues todo y nada, mientras él esté conmigo.



ASTRID BALZA, licenciada en Idiomas Modernos. Me apasiona la comunicación y crear conexiones significativas con las personas que conozco. Disfruto explorar distintas maneras de expresión, incluida la escritura. Actualmente vivo en Alemania y trabajo en una empresa de tecnología.

La Puerta

ASTRID BALZA

Desde el umbral se encontraba Daniel tímido y observador a todo lo que en esa casa sucedía. Su imaginación lo llevaba a lugares donde todo tenía sentido: los triángulos comían galletas y los monstruos color fucsia divagaban por las calles de la ciudad. Mientras todo era ruido en la casa, las ollas en la cocina, la comida cocinándose, la cuchara creando el ritmo que le daba un toque especial a los platos, el perro ladrando, las bocinas afuera sonando, la televisión encendida, el ventilador girando...y mientras tanto desde ese espacio él podía ir a muchos lugares lejanos o quizás cercanos,

el concepto de distancia era distinto y en realidad no importaba porque no lo necesitaba ya estaba allí quizás en una batalla de vikingos o bajo una palmera en la playa o en una plantación o en una fábrica construyendo algo.

Poder separarse de esta manera de la realidad era una de sus actividades favoritas, no sabía cómo lo hacía, era sencillamente algo que sucedía y él se dejaba llevar, eran sus lugares favoritos y siempre descubría nuevas aventuras. Había tantas cosas interesantes que hacer y que ver, que sin darse cuenta cada vez pasaba más y más tiempo en su imaginación.

Un día llegó a la casa de Daniel el viajero que venía en bicicleta ¡Qué extraño pensó él!

No era extraño ver personas pasar por estos lares pues por algo se llamaba este pueblo “la puerta”, pero lo que sí era particular era ver a alguien en bicicleta. Estos eran unos caminos lejanos desolados y la gente venía de paso.

“Das Tör” dijo el viajero, qué nombre tan curioso. La casa donde Daniel vivía era un hotel, una pensión, una posada, un lugar donde muchos tomaban un respiro en su recorrido, descansaban y continuaban.

Todos en esta casa, todos en esta familia debían colaborar para poder permitir a los huéspedes una buena estancia. A Daniel le correspondía mantener el área del comedor en orden y muchas veces tenía la oportunidad de pasar tiempo con los huéspedes si las condiciones y el momento se daban.

Con sus 10 años recién cumplidos, Daniel se divertía con su camión de juguete, con los animales e insectos en el patio de la casa o mirando la luz que se abría paso por los árboles y la manera en la que se distribuía por todas partes. Pero este objeto, esta bicicleta le intrigaba mucho ¿Quién era este viajero que había llegado? ¿Quién era ese extranjero que había llegado hoy allí en este vehículo de dos ruedas? ¿Hasta dónde se podía llegar con una bici? se preguntó

Él sabía que con su camión, si fuera de verdad, se podría ir a muchos lugares, pero en esta bicicleta ¿cómo se podía uno trasladar lejos? ¿cómo podría uno salir de “la puerta” en bicicleta? ¿cómo llegó ese extraño viajero solo, sin entender nuestro idioma o nuestras maneras de vivir y además en bicicleta? Este misterio había que resolverlo pensó Daniel y como de costumbre se fue en un viaje en su imaginación quizás esta persona voló en la

bicicleta o quizás sencillamente apareció o quizás no venía desde lejos.

¡Apúrate muchacho! dijo la tía Maigualida, conocida por su impaciencia y su manera acelerada de hacer las cosas y así con una sola frase hizo que Daniel volviera a la realidad, donde le correspondía montar la mesa para el nuevo huésped “Herr Zukunft”

Era un señor amable y sonreía con facilidad, se le veía cansado pero era paciente, Daniel montó la mesa un poco más distraído que de costumbre y por eso se le olvidó el tenedor. Tía Maigualida acelerada como siempre se dio cuenta y sin que el huésped lo notara terminó por poner los elementos restantes.

Por su lado el señor Zukunft subió a la habitación para dejar sus pertenencias, ducharse y quizás ponerse el pijama antes de volver al comedor donde estaban la tía y Daniel.

Todo se ve muy bien, les agradezco dijo con una sonrisa y procedió a sentarse en la mesa.

Daniel seguía intrigado y se imaginaba todas las aventuras que ese huésped había podido vivir. Mientras todo seguía en el ruido normal de la casa,

Daniel no podía parar de pensar: ¿quién era esta persona y qué hacía allí? ¿por qué llegaba a pasar unos días en este pequeño pueblo?

A la mañana siguiente después de lavarse los dientes, limpiarse los mocos, asear su cara y cambiarse la ropa, Daniel bajó las escaleras para poder preparar la mesa y allí ya estaba el Herr Zukunft tomando el café que había preparado la tía temprano. Armado de valor Daniel decidió preguntarle ¿por qué había decidido venir en bicicleta si la población más cercana se encontraba tan lejos?

Herr Zukunft de nuevo con su intrigante sonrisa miró al niño y le dijo imagínate en 10, 20 o 30 años más sin tu piel joven y tu capacidad y flexibilidad física ¿es una meta que te asusta?

Ante esta pregunta Daniel no sabía que responder, en las esquinas de su imaginación no había entrado la idea de que su cuerpo, capacidades o flexibilidad podrían desvanecerse. El Herr Zukunft le dijo no te asustes pequeño, hago este viaje de esta manera, en esta bicicleta porque es el modo de sentirme activo vivo, móvil, me siento libre me desplazo al ritmo que mis piernas me permiten y disfruto de este momento en este espacio y tiempo. Verás, esto es lo único que tengo y quiero tener la certeza de poder

mantenerlo, yo desperté un día y me miré en el espejo y vi en mi mirada la fuerza de mi espíritu, las ganas de conocer y explorar de encontrar nuevos horizontes y experiencias. Vi que soy sincero y honesto que vine a cumplir con mi aventura y tengo que ir a buscarla, que para mí esa aventura es en movimiento, muchas veces aquí cerca, muchas otras más lejos, mi alma necesita conectar con más seres para poder seguir avanzando, que no quiero que me frenen los miedos, que el fuego que arde por dentro es mi motor, que mi corazón late sin que yo tenga que hacer nada, que todo se alinea para que yo cumpla mi propósito, que mi misión es avanzar y seguir haciendo camino, que podemos ir tan lejos como queramos, que no hay límites, que es como cuando tenía la capacidad de imaginar cosas en universos lejanos, en crear mi propio destino y fue justo allí cuando decidí tomar mi bicicleta, aventurarme, dejar todo lo que no se me servía atrás y simplemente rodar, ir con el viento.

Verás pequeño un día dejas todo lo conocido y quizás todo desaparece y sólo quedan las experiencias que acumulaste e incluso esas pueden irse sin que te des cuenta, las tardes bajo la mata de guayaba, la visita de la vecina, el café en la tarde con el trozo de pan, las tradiciones que cobraban sentido cuando

se compartían con tus seres queridos, el ruido de la calle, la música, la sonrisas de las personas en el flujo de la vida, la flexibilidad de tu cuerpo, las ganas de hacer otras cosas, las mañanas tranquilas en las que podías descansar leer o pensar y aunque existe ese riesgo vale la pena seguir intentándolo una y otra vez porque ese espacio y esos momentos existen y sencillamente te pertenecen, son regalos de la vida sólo para ti.

¡Daniel despierta, es tarde, tienes que ir a la escuela! se escuchó la voz de la tía Maigualida.



PAUL DÁVILA es un poeta, docente y candidato a doctor de literatura comparada, germanística y literaturas indígenas latinoamericanas (Universidad de Heidelberg). Es un explorador del mundo Kamëntsa y Yanakuna, del sur colombiano. La traducción cultural le ha brindado la posibilidad de comunicar mundos que buscan escucharse como músicas incógnitas con el deseo compartido de conocerse.

Princesa de Camino Dorado

PAUL DÁVILA

Bailaba entre el trigo
Y de noche era,
Yo en mi camino
buscaba
Entre lágrimas y preguntas
Ella brillaba
bailaba ella llena de fuego
la música de sus alas.

Y yo andando, y preguntando
Y ella en la noche
Sola danzando

Luciérnaga,
Gota, hija del sol,

Camino de tierra
sola te lloviste en la penumbra
para alumbrar todo mi corazón

ñustapas kay pacha
ñustapas hanaq pacha
Inquieta semilla
lucero inquieto,
niña del sol
parida de tierrita negra
Luciérnaga,
Te lloviste en la penumbra
para alumbrar todo mi corazón

ñustapas kay pacha
ñustapas hanaq pacha
Luciérnaga
suspiro dorado
de mi abuelo tabaco (x 2)

El camino en la tiniebla
Se me perdía
entre mis manos ciegas
Y ella
flor indócil
la noche perfumaba

danzando y brillando
el camino me fue mostrando
al cielo
al cielo
al cielo de mi interior

ñustapas kay pacha
ñustapas hanaq pacha
Inquieta semilla
niña del sol

a ti te agradezco
el rumbo
el rumbo
al cielo
al cielo de mi interior.



ADRIAN NAVIA es arquitecto egresado de la Universidad de Los Andes de Mérida, Venezuela, donde actualmente es Profesor de la asignatura “Taller de Diseño Arquitectónico”. Con formación de posgrado en Filosofía y actualmente realizando un doctorado en Ciencias Humanas, su enfoque en la arquitectura integra perspectivas sociales y políticas orientadas al diálogo crítico con la ciudad contemporánea.

El Arquitecto de Dios

ADRIAN NAVIA

La segunda entidad del universo, después obviamente de Dios, fue su arquitecto. Dios necesitaba un empleado que le ayudara con su ardua labor de crear el mundo, por dos razones: la primera porque es muy estresante la creación del mundo, los seres vivos, los elementos y toda la existencia, y la segunda razón, porque Dios es “el jefe” y ser jefe en una época en donde aún no existían las reivindicaciones laborales de los trabajadores, te daba la ventaja de encargar el trabajo a otro sin pagar extra-tiempos, sin dar vacaciones y ni siquiera sin decir gracias. Incluso después de que este personaje hiciera el trabajo podía ser

excretado de la historia, del tiempo y del espacio, mientras Dios se quedaba todo el crédito.

Así que Dios crea a este personaje, del cual no se puede dar descripción física, ya que sólo Dios puede dar “fe” de cómo era. No sabemos ni su género, ni si era alta o bajito, no importa su color de piel, textura, color de ojos... nada de eso importa.

Entonces estaba la arquitecta sentada con el típico “temor a la hoja en blanco”, miedo que más adelante le va a heredar a todos los seres creativos de la naturaleza en sus disciplinas artísticas (escritura, pintura, arquitectura, música, etc). Este miedo surge al tener la presión de hacer una “creación perfecta”. Veremos si logra acercarse a eso, aunque claro, la humanidad fue su obra maestra, quizás un poco afectada en cuanto producto final, por las malas condiciones laborales.

... (primera pausa en el taller), reparten caramelos de colores, a mí me toca el rojo...

Ante tanta duda, Dios pasó, y como buen jefe en sus primeros días, intentó motivarla dándole unos caramelitos de colores. Al descubrir los colores, el arquitecto los asumió como herramientas creativas para crear formas, elementos naturales, sensaciones, emociones, personalidades, etc. El primer caramelito

que agarró fue el de color rojo. Entonces se preguntó “qué es el rojo”, y qué podría generar, formar, representar, a partir de esa sensación que sintió al ver ese color

Pensó en el fuego, el calor que emite, en las estrellas y la luz que generan. Pensó en la vida, en crear seres que sientan, sufran y amen, así como él sentía. Pensó en el hogar (la hoguera), lo acogedor que es por su calor. Conceptualizó el hogar, imaginando a un grupo de seres que rodean el fuego, calentándose, cocinando, defendiéndose.

Pensó en las emociones que estos seres podían tener. “¿Cómo serán las emociones rojas?”, pensó. Inventó una emoción llamada “amor”, otra llamada pasión, otra llamada cariño, otra llamada ira. Para poder moldearlas necesitó ejemplos

Para el cariño se imaginó a dos amigos dándose un abrazo para darse apoyo en situaciones difíciles que no pueden controlar. Pensó en el amor, pero era una palabra demasiado poderosa y abstracta, para todo lo que quería hacer con ella, sintió la necesidad de representarla con una imagen concreta. Esta fue la de una niña de 7 años corriendo a los brazos de su padre, luego de pasar meses sin verlo. Para la ira, una emoción con la que se identificaba profundamente por su precariedad laboral, pensó en su día a día, el tener

que trabajar 24/7 de trabajo ininterrumpido, bajo las órdenes de un jefe abusivo, con un mal salario y sin tiempo para existir —mucho menos para vivir—. Eso le permitió comprender a fondo el concepto de “ira”. Y fue justo en ese estado de agotamiento e indignación que, casi sin proponérselo, encontró la inspiración para esbozar seis elementos más. Así, junto con la ira, nacieron los que más tarde serían conocidos como los siete pecados capitales, un montón de defectos, que servirían como excusa perfecta para castigar a quienes, paradójicamente, los habían heredado de su propia creación. ¿Por qué 7 pecados? Porque esos fueron los días que Dios le dio para crearlo todo.

Luego pensó en cómo Dios castigaría. Siguiendo con el color rojo pensó en un castigo rojo. Lo llamó “infierno”. Un sitio donde predomina el fuego como elemento rojo, pero esta vez no para ser defensivo, dar luz o sensación de hogar, sino para el castigo.

... (segunda pausa en el taller), hay que incorporar al escrito las palabras “pijama, helado, moco, cepillo de dientes...tenedor

¿Qué otra cosa podía ser roja?, pensó. La pasión. Intentó darle forma imaginando a un colectivo que viviera cada momento como si fuera el último, que entregara el cuerpo entero a esta emoción. Así nació

el “baile”, un tipo de expresión con el cuerpo. A través del baile se podrían generar la alegría, la tristeza, la seducción... Pensó en ritmos como la salsa, la samba, el tango, el vallenato o el flamenco —formas distintas de sentir lo mismo, como si hubiera fuego en la sangre (también roja). Pensó en un colectivo al que denominó “Iberoamericano”.

La arquitecta decidió dormir un par de horas para descansar un poco y seguir al día siguiente su trabajo, se puso su pijama, se comió un helado y mientras se quedaba dormida tuvo sentimientos encontrados. Por un lado, estaba haciendo lo que amaba, de hecho su razón de existencia era ser arquitecto, ante las terribles condiciones laborales en las que estaba, se sentía explotada y con un sentimiento de rechazo a su oficio.

... (tercera pausa en el taller), reparten un papel en blanco y debes escribir una pregunta a la persona de tu derecha e incorporar en tu escrito la pregunta de la persona de tu izquierda...

Durante el sueño, sintió una empatía enorme a su última creación “el pueblo iberoamericano”. Sintió que de esta creación podía surgir la inspiración para crear. Soñó que se casaba, pero que por circunstancias de la vida no era compatible con esa persona, así que se separó. Se despertó en la noche sudando frío

con una pregunta que le rondaba la cabeza, ¿te volverías a casar? Asintió bruscamente con la cabeza y siguió durmiendo con una sonrisa en el rostro.

Luego tuvo otro sueño. En este vivía en uno de los sitios que creó: Latinoamérica, en específico en un sitio llamado Venezuela. Compartía con personas calidad (ya que fueron creadas a partir de la conceptualización del color rojo), pero al mismo tiempo un pueblo teñido por la sangre de sus luchas, conflictos y resistencias. En este lugar se sintió por primera vez en casa.

Una paradoja curiosa ya que, en el cielo, al lado de Dios, vivía en un sitio con todo tipo de comodidades materiales, en donde no se iba la luz, tenía agua caliente todo el tiempo, un sistema de salud pública impecable, un transporte limpio (aunque en ocasiones se retrasaba), un lugar que dentro de los parámetros convencionales podría llamarse “perfecto”. Sin embargo, despertó de pronto.

La nostalgia la abrazó, ya que sentía que, pese a tanta perfección, quería volver a ese exótico sitio. En ese momento se preguntó ¿te volverías a casa? Intentó racionalizar su respuesta, buscando motivos objetivos para regresar a ese sitio en el cual soñó, pero al hacer un balance frío, el cielo parecía ganar. Pero algo más le empujaba hacia allá.

Se levantó, se miró en el espejo y se miró a los ojos y se vio cansada por tanta responsabilidad laboral, pero también se compadeció y se dijo a sí misma “lo estás haciendo bien, creaste en tus sueños a una persona hermosa que está muy bien, la cual extrañas mucho y todos los días quieres volver a verla”. Quieres jugar con ella en tus sueños, inventar historias fantásticas mientras ella se duerme, jugar al escondite, caminar de la mano a su cole y escuchar su carcajada al reunirse con sus amiguitos o ver su mirada de felicidad cuando la vas a buscar al mediodía...

Finalmente se decidió, los 6 siguientes días trabajó en el resto de sus pendientes. Cumplió al límite de tiempo con los plazos establecidos por Dios. Algunas etapas de su proyecto las abordó con poco entusiasmo por lo que no quedaron del todo perfectas. Igual era muy buena ocultando esas imperfecciones con imágenes renderizadas y fotorrealismos. Entre tantas imperfecciones estaba la injusticia, las guerras y la burocracia.

Al hacer entrega, Dios le concedió transformarse en un ángel y vivir el resto de sus días en el Paraíso. Pero el arquitecto se negó amablemente y le pidió a Dios otra cosa:

“Dios, permíteme vivir el resto de mis días con un ser humano en uno de los sitios que yo mismo cree”, le dijo.

El todopoderoso aceptó con una única condición: que nunca le comentase a nadie que fue él quien diseñó el proyecto del universo, para así poder llevarse todo el crédito de “tan perfecta creación”.

Con un chasquido de dedo de Dios, todo se puso oscuro y de pronto despertó por el ruido del tráfico. Al fondo unos vecinos tocaban los timbales de una salsa brava. Entonces, le abrazó su hija, su hermosa y amada hija.



MARTÍN MERCADO VÁSQUEZ.

Nació en Bolivia. Vive en Alemania. Se interesa por la corporalidad e historias de vida ficcionales y no ficcionales a partir del diálogo entre fenomenología y narratología. Actualmente, desarrolla una tesis de doctorado en la Universidad de Heidelberg sobre identidad narrativa como constitución de la persona humana.

Moleskin

MARTÍN MERCADO VÁSQUEZ

La víspera de aniversarios siempre trae este sabor a nacimiento y muerte. Mañana se cumplirán 145 años de la explosión de la última bomba. Desde entonces hemos retornado a un mundo completamente analógico y todavía sigo sin entender completamente qué es lo que ha pasado con ustedes dos.

Faltan algunos meses para la entrega del reporte y es tan poco lo que de un mundo que ha confiado lo más importante en frágiles archivos digitales que se han convertido en monumentales osamentas plásticas y metálicas perdidas un océano descongelado y una bruma radioactiva. Es definitivamente un exceso mío ponerme poético, pero no deja de parecerme absurdamente significativo que haya encontrado parte de sus últimos registros mezclados entre cartas y

apuntes en estas antiguas libretas Moleskin. Tienen un no sé qué que me ponen nostálgico por un tiempo en el que no viví y apenas puedo reconstruir imaginariamente – pensaba ella, mientras sorbía su bebida y se balanceaba entre la percepción inespecífica de su entorno, el lento movimiento de su cuerpo y fragmentario discurso mental parecido a una bitácora de investigación.

Hemos continuado estas últimas semanas con la exploración de los restos de Tiwanaku y es fácil reconocer que la desaparición de Bolivia como Estado ha facilitado algunos trámites y complicado otros. Personalmente, no confío en ningún tipo de formación estatal ni nacional ni plurinacional ni esta nueva forma de confederación extraterritorial. No obstante, el préstamo de los equipos ha permitido avanzar la investigación y registrar datos que de otra manera no habríamos podido preservar y exportar a nuestro archivo en Alemania.

Tampoco habría sido posible continuar con esta faena de no haber sido por tu ayuda. Encontrar a alguien como tú en estos ires y venires, me ha devuelto el ánimo para enfrentar la selva de formularios, permisos e

informes. Gracias nuevamente por tu amable disposición.

En fin, la nueva colección de datos en los discos duros bajo el registro Tiw-XD-180725-5 llegará a su Departamento en unos días más. El resumen del reporte digital fue ya exportado como te conté en el mail de la semana pasada. Estoy emocionado por el resultado que podríamos llegar a tener cuando terminemos esta segunda fase del proyecto.

Supongo que – continuaba ella, mientras retornaba la mirada a su escritorio– él guardó este pedazo de mail impreso por el número de registro de los discos duros o por el número de teléfono que aparece en el reverso: 735170824. ¿A quién pertenecía ese número? Por ahora es imposible saberlo. ¿O lo guardó ella? Es esta parte del rompecabezas que me parece imposible descifrar.

Ahora viene nuevamente un manuscrito. ¿Es uno de los que él le envió o es una de las transcripciones de lo que recibía de ella? ¿Podría ser inclusive que lo hayan escrito juntos?

A veces, dudo si fue buena idea decirme por tema. Acaso hay suficiente material. De haberlo, habrá

alguna lógica interna. De encontrarla, tendrá alguna relevancia. En fin.

Este texto parece forzar nuevamente la expresión. Supongo que es de él.

Weil das Leben keine Geometrie kennt,
weil die Liebe keinen Grund hat,
gibt es niemanden, der aus Entschluss liebt,
und niemanden, der aus Sehnsucht
nicht stirbt.

Wie das Fell einer Katze,
wie das Gras auf dem Boden,
müssen wir einander ohne Vorwarnung fin-
den,
und ohne Vorwarnung
uns verabschieden.

!„Wie das Fell einer Katze“! Quiso pensar seguramente en “das Fellmuster”.

En la otra página:

Wabenlinien

Zwei Linien ziehen durch Waben still und sach-
t,

versetzt wie A und D, doch nicht allein.

Sie folgen einer Ordnung, kühn und fein,
die aus dem Blatt der Welt ein Netz gemacht.

Ein Käfer gleitet, Flügeln gleichem Sinn,
sein Weg aus Licht, aus Stille, fast versteckt.
Die Liebe flackert leis, von Zeit bedeckt,
doch folgt sie einer Spur, die der Geometrie.
Nicht gleich geboren, aber doch verwandt,
A ging voraus, D kam in anderem Takt.

Es evidente que el nexo es la contraposición de la “Goemetrie der Liebe”. Uno de los poemas no tiene título. Así que el primero puede tratarse de una respuesta al segundo. Dos motivos aparecen en los poemas que ahora sólo nos parecen fantásticos: gatos e insectos Käfer mit Flügel. Me habría gustado conocer algún gato. Los seres humanos de esa generación han escrito tanto sobre esos animales y el archivo analógico de fotografía tiene más ítems de felinos domésticos que originales el archivo sudamericano de partituras. El ronroneo, de la cola, el balanceo, la misteriosa distancia, el deseo humano de ser dominado por otro ser vivo, el silencio y la infantil entrega lúdica hacen de ese animal un ser bifronte. ¿A qué habrá olido un gato? Los otros bichos, lisos, lentos en movimiento y titánicamente fuertes en su proporción me generan un respeto como quien respeta a un dios a un demonio. Puedo admirarlos en representación, pero no desearía encontrarme con uno frente a

frente. Creo que me desharía en la vocacional mirada que registraría cada antena, cada movimiento de sus finas hebras, en el relucir de las mandíbulas alargadas y poderosas, en las formaciones oculares, en la tersa coraza oscura, verde o roja y exhalaría mi existencia en el batir sincronizado y poderoso de sus alas al volar. La explosión nos ha dejado otros animales, pero ninguno como el gato, el escarabajo.

No hay registro de las fechas de estos dos escritos, pero están con dolores distintos. El trazo es de la misma persona. Estoy segura que son de él. ¿Cómo llegó su libreta hasta ella? ¿Se la envió? ¿La dejó en su casa o en su oficina por descuido? La letra de ella es distinta. ¿Puedo asumir que por el tema animal son escritos de verano? ¿Tal vez son de agosto de un 2035? Difícil saberlo.

Ahora hay uno en español, que me refuerza la idea del origen veraniego de los textos:

Del atardecer cae el Sol,
como una gota.
Naranja carozo
Una herida sangra
Un deseo
Una laguna mojada.

Blanca noche
Rebrota de su centro solar

Su fluir lleva
Estrellas sin brillo.

Ahora el texto sugiere contacto corporal y consumación sexual. Ese tipo de acceso carnal resulta imposible para el tipo de piel que tenemos ahora. La radiación nos ha cocido tanto, que solo queda una dura costra donde alguna vez hubo pelaje, piel, humedad. ¿Son estas metáforas que iremos perdiendo como él sentía haber perdido Tiwanaku?

To do Liste

~~Registro Tiw XD-180725-5.~~

~~Mail con el reporte y resumen de avance de investigación.~~

Artículo para la revista de Viena. (Avance ampliado, escritura pospuesta). Pedir libros en la biblioteca. ¿Excusarse?

Pedir cita médica.

En tres semanas retornaré una vez más a Tiwanaku. No sé si los otros dos vendrán conmigo. Sí me gustaría que dos o tres estudiantes me acompañasen. Hay tanto que documentar. Hay que llevar dos cámaras más, dos computadoras

portátiles, tres memorias de 125 Gigas y tres discos de 2 Teras cada uno. No sé si nos prestarán los drones, hay que hacer tantos formularios individuales. Eso sería insostenible, de no ser que también es un pretexto para comunicarme con ella. No es su área, pero es interesante escuchar sus opiniones sobre lo que hago y sobre lo que ella imagina de este proyecto. Me hace pensar que todo este esfuerzo podría ser relevante en algún sentido y no sólo la imaginaria pelea con mi ego y los alteregos que dibuja mi orgullo y mi fatuo deseo de reconocimiento.

Si el grupo de Alemania acepta el informe enviado, el siguiente año comenzaremos con la segunda fase. Para ello, tendré que estar nuevamente en agosto allá y en diciembre nuevamente en Tiwanaku. Entonces, podremos abrir una nueva fosa de exploración.

Por ahora, sólo es cierto que él fue asesinado camino a Tiwanaku en aquel diciembre de 2036 y que hace 145 años explotó la bomba que devoró a los que

quedaron tras su muerte, incluyendo a ella, y a los que nos precedieron. 145 años de bruma radioactiva y nuestras tristes miradas, sin la compañía de gatos o el zumbido de escarabajos. 145 años de cuerpos sin agua, con costras bípedas en lo que alguna vez fueran cuerpos de piel y pelo. Apenas 5 años reconstruyendo figuras entre los desiertos de lo digital y las ruinas de lo analógico. Acaso tal vez desenterramos muertos para que alguna vez otros también descubran en acción las pasadas faenas de nuestros futuros esqueletos. Después de que todo explota, sólo queda el texto como gajo en la lápida.



Soy **DEBBY AVENDAÑO SÁNCHEZ**, arquitecta y profesora universitaria venezolana. Actualmente curso un Doctorado en Ciencias Humanas en la Universidad de Los Andes (Venezuela), y me encuentro en la Universidad de Heidelberg (Alemania), atravesando umbrales interdisciplinarios en la Escuela de Graduados en Ciencias Humanas y Sociales (HGGS). Intento vivir desde una profunda

búsqueda de sentido y pasión por lo trascendente; y de ese mismo modo, intento también habitar la arquitectura.

Tú, pixelado

DEBBY AVENDAÑO SÁNCHEZ

Me encuentro bajo un umbral románico de granito sin pulir del siglo XII, siguiendo las instrucciones de una facilitadora azul con rizos dorados.

No puedo seguir sus instrucciones porque todo lo que me pide que vea, identifique o sienta, no está. No está o no aparece en las condiciones espacio temporales que ella pide:

- Miren el piso, dice.
- ... pero, no hay piso.
- Vean hacia arriba, hacia los lados. ¿Qué ven?, pregunta.
- ¡Nada!

¡No hay nada! ¡Solo vacío! Un vacío que parece cielo... así que estoy de pie sobre la nada, sobre el vacío.

Luego, viene otra indicación:

- No estás sola en el umbral, alguien viene hacia ti, alguien te acompaña.

Y en ese momento ¡te veo! Eres transparente pero identifico tu contorno. Sé que no eres la nada ¡Eres Tú, pixelado!

Ahora estoy de pie bajo un umbral contemporáneo, metálico, pintado de gris y observo como un duende azul lo atraviesa. Lo veo sorprendido contemplando el umbral; se devuelve y examina la temperatura al pasar de un lado al otro; siente el frío, busca las causas y se pregunta ¿por qué?

No se da cuenta de que lo estoy observando (o tal vez sí), vuelve a atravesar el umbral, y luego me manifiesta su hallazgo, su asombro por el fenómeno.

Yo intento racionalizar la respuesta explicándole como las corrientes de aire caliente suben por el espiral de concreto (que tenemos en frente y funciona como rampa), y salen por las aberturas de la planta superior en la que nos encontramos. No pasan más de dos minutos de racionalismo abstracto,

geométrico y físico hasta el momento en que aparecen los fuegos azules paranormales de los cementerios y los pantanos...

Tras una pausa silenciosa, antes de irse el Duende Azul pregunta ¿Cuál persona es la que más odias?

Mientras lo veo alejarse, respondo mentalmente, Querido Duende Azul: desde el nivel de conciencia en el que me encuentro no existe el odio, en consecuencia, no puedo odiar a otro; tampoco creo en los superlativos, por esa razón, no existe la que MÁS o la que MENOS.

¿Sabes? Nunca me había cuestionado al respecto y en este momento me pregunto ¿por qué?

Al intentar responderte en el sentido más humano posible, establezco dos miradas, una retrospectiva y otra proyectiva; así, hurgo en recuerdos de aquellos que de algún modo intentaron hacerme daño en el pasado, y a la vez, especulo sobre otros que intenten hacerlo en el futuro. Lo intento, pero no puedo mi querido Duende. ¡No sé hacerlo! Sólo sé que esas personas cumplieron o cumplirán su misión; pero de algo si estoy segura ¡mi Misión no es odiarlos!

Tras atravesar el umbral del odio con profundos movimientos pendulares, regreso a esta tercera dimensión tan humana y me voy a la cocina. Son las 11 de la mañana y aún estoy en pijama. Cocino unos huevos que revuelvo con el tenedor que me regaló mamá.

Mientras dibujo círculos en la sartén, me imagino en la isla de Mokos, en el sudeste asiático, a la orilla de un mar helado y tomando copas de una bebida cuyos ingredientes no logro reconocer.

Llegar a Mokos no es tan fácil; son muchas horas de vuelo y su marketing publicitario no compite con Maldivas. ¡No todos llegan allí!

Hay que concederse así mismo, la licencia, el permiso, el “me lo merezco”, “estaba destinado para mí”, “no importa lo que digan los demás”

De repente, vuelvo nuevamente al aquí y al ahora
¡Se me quemaron los huevos!

Para terminar, ya es hora de pasar a otro umbral.
¿Cómo me veo?

Mi espejo es pequeño, muy pequeño. Al mirarme en el primer instante, lo que menos me importa es lo que refleja, y, lo que más llama mi atención es el MARCO.

Marco con mayúsculas. Marco limitante. Al tomar conciencia de su rol, descubro que lo más importante de mirarse en el espejo es lo que NO SE VE, lo que sobresale del marco, aquello que me hace infinita.

Al continuar este ejercicio-reflejo, descubro que la cercanía al pequeño espejo no me deja ver completo el rostro. Lo veo por partes. Resulta necesario poner distancia, alejarlo para poder contemplarlo “todo”.

Este es un “todo” entre comillas porque ya sabemos que el Todo no puede verse en este pequeño espejo.



CONSTANZA YINET CÁRDENAS TREJOS es publicista de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, en Bogotá, Colombia, con una maestría en Lingüística de la Universidad de La Sabana, en la misma ciudad. Escritora e investigadora, su trabajo explora el valor pragmático del adverbio en la minificción y el discurso político latinoamericano.

Con mirada crítica y sensibilidad estética, entrelaza análisis profundo y compromiso con el lenguaje. Vive en Alemania y continúa su doctorado con dedicación constante en la Universidad de Heidelberg.

Sabe que la vida está llena de aprendizajes que, aunque a veces parezcan difíciles de integrar, al final constituyen la esencia de todo lo que nos da una razón para ser y un motivo para estar.

Amparo

CONSTANZA YINET CÁRDENAS TREJOS

Ella se llama Custodia y está viviendo en una casa junto a un río de aguas muy limpias que le invitan a caminar por sus orillas cada tarde.

Tiene 45 años y siente que ha vivido 200 en este plano dimensional actual.

Custodia ha experimentado la fama, y eso a lo que otros llaman gloria. Ha fluido con los acontecimientos y, como el agua, ha aprendido a moldearse en cada lugar.

Para muchos es solo una gota más; para ella, muchas veces también.

Pero a veces ha sido un tremendo mar lleno de tormentas; otras, un mar quieto y sosegado, en el que el tedio desespera.

Ha muerto de aburrimiento viendo la luz atravesar el agua, sin un solo movimiento. Ha tomado el mástil y ha soltado las velas ante un viento prometedor.

Sabe muy bien que las tormentas han sido sus grandes maestras. Y sabe, muy bien también, que ha confundido sus lágrimas con la lluvia que caía para recordarle que ella es parte de esa tormenta, y que depende de ella si sus lágrimas se transforman en vida... o en muerte.

Sabe claramente que ningún puerto la detiene. Entiende que existen lugares que provocan adormecimiento y letargo. Por eso siempre tiene el bote listo, amarrado al muelle, para cuando haya que zarpar.

Parte 2

Transformación

Custodia se sabe creadora de pasados, sanadora de presentes y viajera del futuro.

—¿Qué es el tiempo? —se ha preguntado desde niña.
Y ahora, parece que una respuesta le susurra al oído:

No puedes atrapar algo que no existe.

Y ella, que sabe hablar con las mariposas, con los gatos y con los árboles, sabe también que existen otros medios que aún no conocemos para comunicarnos con ellos.

Hace mucho tiempo, en casa de su madre, hablaba con un Yopo. Él estaba relleno de gusanos, y su tronco era tan delgado que ella se asombraba de verlo tan alto. Le preguntó:

—¿Cómo puedes crecer tan rápido? ¿Y por qué tus hojas son tan pequeñas y solo nacen allá arriba, donde nadie puede cogerlas?

Él le respondió con un susurro suave y le acarició las mejillas con el viento que atravesaba sus ramas:

Simplemente soy así, y amo ser así. Tal como soy...

¿Y tú, pequeña? ¿Estás feliz de ser así?
—¿Así cómo?

—Así, tan pequeñita bajo mis pies.

Custodia se puso un poco arrogante y le respondió con voz firme:

—Querido amigo, yo también soy tú. Así que unas veces soy pequeñita... y otras veces soy muy alta. Es más, ¿sabes?

Yo soy más alta que tú, y soy toda azul.

—¿Azul? —le contestó el Yopo.

—Sí, azulita. Así como tú, en los veranos eres negrito y no verde, como en las épocas de lluvia.

—Tengo una última pregunta para ti, querido Yopo: ¿cómo haces para tomar el agua negra del río que tenemos de vecino? ¿Has visto que sus piedras tienen lamas?

—Está contaminado, me ha dicho mi madre. Si eso es así, ¿por qué tú no te enfermas?

El Yopo contestó:

—Eso, querida mía, es muy difícil de aceptar. Mi secreto está en que mis raíces reciben el agua negra, pero mi corazón la transforma, y cuando ella llega hasta las hojas ya está purificada.

Parte 3

Yopo y yo

¿Sabes otra cosa, señor Yopo? Yo no sabía que tú tenías un corazón. Además, en la escuela me hablaron de la fotosíntesis, pero nunca me enseñaron que ustedes también hablaban.

A veces, mi maestra le decía a un niño que siempre tenía los mocos colgando que saliera al patio y tomara sol, a ver si hacer fotosíntesis le servía para ser alguien en la vida.

Y yo, muchas veces, me levantaba muy temprano en la mañana, antes de que los demás despertaran, en esos días festivos y calurosos de diciembre en Villavicencio.

Esos días en los que el sol atiza el fogón, me quitaba la pijama y tomaba el sol tan virringa como cuando nací. Mi madre quedaba perpleja al ver el espectáculo y, con un grito, me hacía entrar a la casa nuevamente.

Como si mi desnudez fuera un pecado, como si algo muy malo fuera sentirse una planta como tú y poder tomar el sol.

Esas eran las conversaciones entre Custodia y uno de los tantos Yopos del patio de su casa.

De repente, escuchaba la voz de su madre aterrizándola a este planeta:

—¡Custodia! Ven a almorzar que ya es hora de comer algo.

—¿Qué te crees, niña? ¿Acaso eres cuerpo glorioso? Mueve ese fundillo para que te ganes el helado.

Ella se levantaba dando pequeños brinquitos y tarareando:

—Cuchara, cuchillo, también tenedor, así comen las niñas buenas en el comedor.

Parte 4

A través del espejo

Hace doce años busqué en mis ojos una respuesta.
Hace doce años sentí que no había salida y corrí al espejo del baño de mi cuarto.

Tomando mi pelo con las manos y con mirada enloquecida, quise saber qué había dentro; quise entender ¿quién era yo?

Mi pupila estaba dilatada y un velo me apartaba de las respuestas que quería.

—¿Por qué? ¿Por qué? —gritaba y vociferaba.

Sentí una punzada tan honda en mi alma.
No puede ser que allá, allá, allá donde ella está, no haya nada.

Empecé a mirar más detenidamente la profundidad de mi pupila, como buscando algo, como si el espejo me dejara ver el reflejo de algo más, que yo era y no sabía.

Como si en el fondo de mis ojos pudiera descubrir algo que no se notaba. Ese acto era reflejo, como si algo dentro indicara que buscara.

Hoy vuelvo a ver esas dos ventanas y puedo reconocer que aquella que habitaba ese cuerpo ese día, aquella que dormía, aquella que no escuchaba... hoy, poquito a poco, ha ido despertando y va recordando que, antes de ser lo que hoy es, ella ya era y estaba.

Parte 5

Visitas en la madrugada

Nunca había sentido tanto desconcierto. Cada vez que su tío se acercaba a su cama, la pobre Custodia se sentía tan miserable; para él era una estación fija, y sus hermosas vacaciones se convertían en algo tortuoso.

Esa noche, extrañamente, pasó de largo. En algún momento, su cabecita se perdía en un recuerdo difuso; de repente, todo se apagaba y la oscuridad consumía cualquier fragmento de luz que entrara por las rendijas del cuarto de la finca.

Al cabo de unas horas, escuchó sonar la puerta y sintió que su abuela se levantaba con cierta lentitud. Estaba extrañada de que algún visitante se atreviera a llegar a horas tan tempranas.

Cruzó dos palabras con el forastero y le dijo que esperara un momento. Abrió la puerta del cuarto contiguo y llamó a su hijo menor, José Eliecer, moce-tón de 18 años, muy sano y buen trabajador.

Le dijo la mujer que fuera pronto porque lo solicitaban con urgencia. El muchacho se acomodó los

pantalones y salió casi descalzo, para enterarse un poco más tarde de lo que pasaba.

—¡Buenos días, don Eliecer! —le dijo don Roso—. Necesito que hablemos un momentito, pero me gustaría que no fuera aquí en la casa.

—Pero a esta hora tan temprano, mijo... eh, qué vaina, no dejo ni que el gallo cantara —contestó Eliecer—.

—Espere, pues, me pongo mejor los zapatos, me tomo un tintico y lo acompaño.

—Hágale tranquilo, que yo lo espero —contestó don Roso.

Al cabo de media hora, José Eliecer y don Roso iban camino a la otra hacienda. Custodia, que ya estaba despierta, decidió salir al patio y quedarse mirando cómo los dos cuerpos se alejaban a la distancia.

De repente, le pareció ver que entraban en una danza extraña que, en segundos, se convirtió en un forcejeo. Al sonido de un fogonazo, vio cómo uno de los dos cayó al suelo desplomándose.

Ella sintió un alivio al ver que la figura de don Roso era la que se levantaba; sentía que algo se había

cumplido y que la vida era justa. Al instante, su abuela apareció en la puerta y le gritó a su otro hijo para que fueran a ver qué pasaba.

Cuando pudo detectar la cara de angustia de su abuela, sintió lástima por ella; también sintió vergüenza hacia sí misma por haber sentido alegría de que su tío desapareciera.

La noche anterior había sido pesada para José Eliecer, y soñó que comía tantos mamoncillos que el estómago le rebotaba todo con fuerza. Tuvo que levantarse varias veces para ir a tomar aire y retomar el descanso.

Al salir de la cama, sintió una brisa tan fría que le helaba los huesos, algo poco natural en una zona tan caliente como esa. De repente, una sombra pasó detrás del baño; alcanzó a verla, pero no quiso darle mayor importancia.

Custodia seguía todo el movimiento porque sabía lo que eso significaba, pero esa noche, esa noche fue diferente. Soñó que estaba en un bosque denso y oscuro, de donde salían ramas, raíces y enredaderas que la atrapaban por los pies y no la dejaban caminar. También soñó que tenía una espada luminosa que le permitía cortar esas ramas.

De un momento a otro, pudo ver el rostro de su tío entre las sombras densas que la halaban. Tomó más fuerza y se sintió tan grande y azul que, de un solo espadazo, pudo cortar la cabeza de su tío.

Vio cómo salía su alma, cómo quedaba en el limbo y empezaba a llorar desconsoladamente. La miraba y le pedía perdón, pero a veces su voz desaparecía, como si algo le tapara la boca.

Ella levantó la mirada y le dijo:

—Te perdono, puedes irte.

De repente, todo se estremeció con tanta fuerza que algo muy denso se despegó del alma de su tío, renegó y vociferó:

—¡No, no! ¡No debes perdonar! ¡No es así como funciona! ¡Debes odiar! ¡Debes vengar! ¡Debes querer acabar con tu vida!

—¿Pero por qué haces esto, niña? ¿Por qué lo dejas en paz? Recuerda lo que te hizo, recuerda que la oscuridad que puso en tu corazón se quedará ahí para siempre.

—¡No! Eso no lo permitiré, sé que puedo transformar muchas cosas en mí —contestó ella.

—Prefiero enviar a la luz al hombre que abusó sexualmente de mí que hacer un pacto eterno en el rencor y la venganza. El infierno sería para los dos.

Custodia habló con fuerza, con carácter y una voz diáfana:

—Hoy me libero, hoy no asumo una carga que no me corresponde, hoy me dejas libre porque no me identifico con esto.

Y de repente, despertó. Despertó feliz, despertó extraña, despertó de manera abrupta por los golpes en la puerta que se escuchaban muy temprano en la mañana.

Parte 6

La directora de orquesta, de sabores y de olores

Las mañanas de mi vida fueron todas maratónicas. Sonaba en la cocina el ruido de una olla que avisaba que las papas ya estaban listas.

El golpeteo de la tapa, que se hacía constante por la fuerza de las burbujas del agua hirviendo, y el chocolate —que sin permiso de nadie asomaba su espuma

frondosa y provocante— invitaban a pasar al comedor lo más pronto posible para saborearlo.

La cocina de mi casa parecía una orquesta loca, y nosotros corríamos de un lado para otro vistiéndonos, organizando el uniforme para que mi madre no se pusiera brava. Cada vez que abotonaba mi blusa, mi realidad se transformaba. Ese olor... ese olor a ropa recién planchada. Qué embriagante era ese aroma que me dejaba atrapada.

No podía entender cómo a mi madre le alcanzaba el tiempo para planchar mi ropita y dejarla puesta como si fuera a vestir al mejor embajador que visitara este país. En el que, a cualquier embajador de la India, iban tendiéndole alfombra roja los doctores del Congreso.

¿Cómo era posible que esa señora, que llegaba tan cansada de planchar la ropa de otros, planchando la mía se regocijara?

¿Cómo era posible que esa señora, que hacía de psicóloga de su jefa el día anterior, llegara a darnos una palabra suave y un consejo justo?

Cómo era posible que los alientos le alcanzaran para vestirse tan entaconada y tan digna, que cuando salía de casa los vecinos juraban que era secretaria, y que pronto dejaría de vivir por allí.

Ese olor a jabón fresco y a limpieza por todo el hogar nos hacía sentir, a mis hermanas y a mí, que no había mejor lugar en el mundo para vivir que aquel que habitábamos con nuestra mamá.

En el colegio me preguntaban a qué se dedicaba mi padre, y como él era comerciante de harinas y tenía molinos para el proceso de la cascarilla del arroz, entonces yo inventaba que era gerente del Banco Central Hipotecario. Eso era más fácil de explicar a esa edad.

Realmente, casi ni lo conocía en ese momento, y solo me quedaba inventarme un rostro a partir de los relatos de mi madre. Pero más que un rostro, necesitaba inventarme que era un hombre honrado y trabajador. Qué ironía, con eso de “gerente de un banco”.

Cuando lo decía en las conversaciones de la cena, todos se carcajeaban... menos mi madre. Ella solo me observaba y dibujaba una sonrisa complacida. Y yo... yo no sabía. No sabía nada de nada.



NORA SERLING

nació en Galicia y vive en Heidelberg. Traductora de profesión, presta su voz a otros durante el día y escribe, por la noche, para encontrarse con la suya. Se refugia bajo un seudónimo porque concibe la literatura

como un confesionario: un espacio en penumbra donde se comparten verdades sin cruzarse las miradas.

Home Sweet Home

NORA SERLING

Como cada mañana, se despertó con el penetrante sonido del despertador. De mala gana se levantó y encendió la cafetera. Era de esas modernas de cápsulas. «Una ganga», según su mujer. «El mejor café que hayas probado nunca», insistía ella, que había sentido la imperiosa necesidad de adquirir una tras vérsela a los vecinos. Él, por su parte, sabía que sólo era el último arrebató consumista para calmar el trauma más reciente. Si tuviera que apostar por uno, diría que se trataba de la renovada

decepción por un mes más siendo incapaces de tener un hijo. Lágrimas convertidas en café edulcorado, derramadas gota a gota en una taza que se habían comprado durante un viaje, *souvenir* de tiempos mejores.

Arrastrando los pies, se fue a su sala de trabajo, donde cada mañana, a las cinco y en pijama, jugaba a ser escritor mientras ella todavía dormía. La realidad es que llevaba tiempo sin producir nada, más allá de algún fragmento huérfano de trama. Recordó entonces aquel taller literario al que asistió para aprender a «hacer nacer personajes», viéndose forzado a sonreír ante la ironía de su esterilidad biológica y literaria.

Buscando inspiración, miró al techo. Se fijó en la lámpara. Era metálica, de luz fría. Su forma abombada le devolvía un reflejo distorsionado de la sala y de sí mismo. Tras mirarse un buen rato en aquella cúpula invertida, comenzó a preguntarse si sus propias aspiraciones creativas no serían también un espejismo deforme.

Siempre había querido ser escritor. Sin embargo, su recorrido literario se basaba en el dicho «borrón y cuenta nueva». Con el paso de los años, los borrones se iban acumulando y las cuentas empezaban a

fallar, como sutilmente trataba de decirle su mujer cada vez que le reenviaba al e-mail anuncios de trabajo. «No tienes que dejar de escribir», aseguraba ella. «Puede ser un *hobby*». Tras tantos años de relación, había asumido que ella jamás entendería que su misión era escribir. O, mejor dicho, convertirse en el próximo gran autor.

Desvió su mirada de la lámpara y volvió al papel. De pronto, tuvo una excelente idea. Brillante, incluso. Agarró la pluma que usaba siempre para escribir y comenzó a trazar en su cuaderno las primeras palabras de la que, esta vez sí, sería su obra maestra. Nada más terminar, abrumado por el orgullo de aquel modesto logro, se quedó mirando la frase fijamente. Entonces, de la nada, le entraron unas ganas irrefrenables de estornudar. La metralleta de aquella explosión nasal fue a parar a la hoja, haciendo que la tinta se mezclara con sus mocos. Al parecer, ser autor costaba algo más que sangre, sudor y lágrimas.

Frustrado al ver su obra mancillada por la banalidad de sus fluidos corporales, arrancó la hoja y se fue a la cocina. Una de sus manías de escritor era tomar helado. Por suerte, no le hacía falta tener nada publicado para dar rienda suelta a sus

inclinaciones neuróticas. «Resetear el sistema», lo llamaba él. Cuando fue a por una cuchara, descubrió que todas estaban por lavar. Resoplando, cogió un tenedor y se dispuso a disfrutar de su Ben & Jerry's a pesar de aquel obstáculo adicional. Tras comer más de la cuenta, volvió a su escritorio para pasar a limpio su magistral frase. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que no era tan buena como pensaba. Otra mañana de trabajo tirada a la basura.

Desanimado, volvió a echarse en cama. Todavía quedaba una horita para que ella se levantara. Acercó sus pies, algo fríos por el contacto con las baldosas, a las suaves y cálidas piernas de ella. Disfrutó sintiendo la transmisión de temperatura entre sus cuerpos. Era lo más parecido a una relación sexual que habían tenido últimamente. Procedió entonces a acariciarla con suavidad. Si jugaba bien sus cartas, quizá podría convencerla para que se pusiera sobre él. Era su postura favorita: la menor exigencia física le permitía cerrar los ojos y dejar volar su imaginación, haciendo del sexo una experiencia deliciosamente literaria. Al otro lado de la cama, ella roncó, haciendo que se le bajaran el ego y la erección.

Sin apenas darse cuenta, se quedó dormido. Soñó que se enfrentaba a la hoja en blanco y que esta se convertía en un espejo. Desde el otro lado del cristalino papel, su reflejo comenzó a hablar con él. «Veo, veo», le susurró. «¿Qué ves?», contestó. «Un mosaico de genes y peculiaridades», respondió. «Un hombre consumido por la sombra de un sueño más grande que él. Veo lo que queda del rostro de tu padre, que ahora se pudre en una tumba a la que nunca vas. Veo los ojos atónitos de tu madre, siempre sorprendida por tus últimos fracasos. Tengo ante mí un hombre lobo que se devora a sí mismo». «Gracias, supongo», respondió él, lacónico, mientras se mesaba la barba. Despertó entonces al oír a su mujer levantarse.

—Buenos días —lo saludó ella, dándole un beso en la frente y acariciándole la barbilla. —Va siendo hora de afeitarse.

—Ya me lo han dicho hoy —contestó, sin pensar. Si a ella le sorprendió el comentario, no lo dijo.

—Me voy a la ducha —respondió.

Mientras ella se preparaba, él se dedicó a merodear por los pasillos de aquel laberinto doméstico en el

que habían tratado de echar raíces. Todo el espacio estaba inundado por el olor empalagoso y sintético de un ambientador barato. «Es vainilla almizclada con notas de coco», recitaba ella a todo visitante que mencionaba en el omnipresente aroma. Él se preguntaba qué querría decir con eso, si aquello en realidad apestaba a caucho quemado. Finalmente, detuvo su peregrinaje al llegar a su destino: el sofá. Tras dejarse caer, reparó en el genérico cartel de plástico que colgaba sobre el televisor y que rezaba: «*Home Sweet Home*».



**BEATRIZ JULIETA
CHUQUIMIA ARANDA.**

Boliviana, nacida en la ciudad de La Paz, es informática, abogada y docente de posgrado. Cuenta con maestrías y estudios superiores en Informática, Derecho y Educación Superior.

Actualmente es doctoranda en Ciencias de la Informática e Ingeniería de la Universidad

Nacional Siglo XX en Bolivia con la cooperación de la Universidad de Heidelberg en Alemania. Es becaria del Programa Sur-Sur-Norte de la *Heidelberger Graduiertenschule für Geistes- und Sozialwissenschaften* (HGGS) de la Universidad de Heidelberg y la Beca Baden-Württemberg.

La Magia de Oma Sabi

BEATRIZ JULIETA CHUQUIMIA ARANDA

Oma Sabi, quien representa a la sabiduría ancestral del Altiplano boliviano, conoce mucho acerca de la tierra, el sol, la luna, el cielo, las plantas, el granizo, la lluvia, la nieve, el viento, y cómo proteger a las personas, la familia, los niños y a la comunidad. Parece una reina porque lleva su sombrero café, una manta de la más bella tela con brillos y bordados, tiene una pollera clásica y botas negras, su blusa estilo clásico, corsé blanco con bordados en forma de árboles y flores. Sus aretes

de plata tienen un diseño de ramillete de pequeñas perlas en forma de uva. Su manta con una joya hermosa de plata para sujetar que se llama topo, en forma de una flor.

Oma Sabi vive en un palacio. La habitación principal, donde recibe a las personas que la buscan para recibir un consejo o preguntar qué hacer en la cosecha, cuando truena, o cuando quieren aprender de su sabiduría, es grande y luminosa y tiene una silla, una mesa y un espacio agradable para conversar. A Oma Sabi le gustan los niños y narrarles cuentos, les enseña qué deben hacer para protegerse y cuidarse.

Un buen día Oma Sabi invitó a todos los niños de su comunidad al palacio para celebrar el carnaval. Todos los niños llegaron con sus padres y comenzaron a jugar echándose agua que Oma había recibido de la lluvia en la semana anterior. La mayoría empezó a reírse, otros se enojaban, algunos se limpiaban los mocos porque quedaron mojados. Después del juego, les dijo a los padres que secaran a los niños y les dio algunas toallas, ropa e incluso pijamas para cambiarlos, algunos prefirieron ir a su casa y volver.

Por la tarde, cuando el sol del altiplano estaba elevado y brillando como pocas veces ocurría, Oma sirvió helados en copa para todos y cada uno tomó una cucharilla, pero no faltó quien agarró un tenedor para disfrutar su helado. Poco después, en el patio donde jugaban los niños y los padres conversaban con Oma, de repente comenzó a sonar el cielo. ¡Se aproximaba un granizo! Llegó tan pronto que todos corrieron y vieron que eran grandes como si fueran pelotitas de ping pong. Oma les dijo que trajeran huevos de la cocina y los pusieran en la ventana, que se cubrieran y esperaran la magia. Entonces, todos vieron que esos granizos se encogieron y se convirtieron rápidamente en gotas de lluvia. Todos quedaron perplejos por lo sucedido, no podían creer cómo Oma Sabi hizo magia para desaparecer el granizo. Ese día fue de mucho aprendizaje para todos.

En otra ocasión, Oma Sabi junto a su familia encendieron una fogata en la noche de San Juan. Una noche propicia para reunirse y conversar, disfrutar de las enseñanzas que Oma Sabi tenía para ellos. Recordó por un instante a su pareja, por quien había llorado mucho el día que partió al cielo siete años antes. Empezaron los fuegos artificiales y entre los adultos el té con té. Los niños jugaban y

saltaban alrededor de la fogata. Oma Sabi comenzó diciendo: “Aunque veo tristeza y cansancio en mis ojos cuando me levanto, me siento feliz por estar con ustedes en familia”.

Esa noche, el palacio de Oma Sabi estaba lleno de alegría, todos esperaban que empezara a narrarles historias y sobre todo a enseñarles sobre qué hacer para protegerse de los impases de la naturaleza. Trajo unos adornos de porcelana en forma de una vaca y una oveja que olían a perfume y brillaban, los utilizó para explicar que los animales también deben ser protegidos. Una de las fuerzas que aparece y puede causar daño a las personas, animales o cosas a su paso, son los remolinos de viento, que si no los vencemos pueden volverse grandes y peligrosos, dijo Oma. Entonces, continuó: “enseñé a mi nieta a pelear con el viento, y ahora les enseño a ustedes: si un día mientras caminan, están en casa o yendo a algún lugar en algún transporte, y ven que se aproxima un remolino de viento, deben luchar contra él para que desaparezca o se vaya, con la mano izquierda hay que hacer una cruz y mostrársela al viento muchas veces, hasta que por arte de magia verán que el viento desaparece y ustedes o a quienes protegieron, estarán bien”, concluyó.

“Es verdad”, dijo su nieta, contó que gracias a que Oma Sabi le había enseñado a ganarle al viento, en una ocasión pudo protegerse a ella y a su hogar, hizo cruces al viento y pudo ver que el viento se fue por otro rumbo, pero más allá, unos vecinos que no sabían cómo enfrentar al viento, perdieron el techo y las ventanas de sus casas. “Por eso, si aprendemos de la sabiduría de Oma Sabi y de sus ancestros, que ahora está pasando de generación en generación, podremos ver la magia para protegernos”, añadió. Todos quedaron contentos de aprender de las enseñanzas de Oma Sabi y expresaron que no lo olvidarían, la fogata se terminó y se fueron pidiendo a Oma que les enseñara otros tipos de magia en la próxima ocasión.

KORNELIA ROTH es una artista de artes plásticas y vi-



suales alemana con residencia en Heidelberg. Creció y vivió e en Sudáfrica, España, Alemania, Chile y Suiza. Con un diploma en traducción e interpretación de la Universidad de Heidelberg y una estadía en Italia, Roth ha ex-

puesto su obra en ciudades como Berlín, Florencia, Bruselas, Estrasburgo, Marsella, Santiago de Chile, La Valeta (Malta), San Antonio (Texas), Barcelona y París. Es miembro del BBK (Aso-

ciación Nacional e Internacional de Artistas Plásticos) y se desempeña como calígrafa oficial para el Libro de Oro de Heidelberg.

Su arte abarca pintura en pastel, dibujo, caligrafía occidental y oriental y la fotografía. Sus intereses incluyen la naturaleza, la diversidad cultural, la artesanía, los bailes tradicionales, el deporte y la cocina, así como la protección del medio ambiente y la promoción de la cultura.

Fibras Vitales

KORNELIA ROTH

Ella era mucho más seria que él, trabajaba todo el día, era la primera en levantarse y la última en acostarse.

Siempre ocupada en cuidar a los otros se había hecho un lazo íntimo en que sabíamos, nosotros los otros, que podíamos confiar en que siempre iba a encontrar una solución para todo.

Una noche, después de un día entero de fiesta, con mucha comida preparada para los huéspedes, cuidado en la decoración de la mesa, corriendo todo el santo día para complacer a cada uno de los invitados, se sentó en una silla, exhausta. Su hermana la miró

varias veces, ya preocupada por el cansancio que la había empalidecido.

Los huéspedes, ignorándola, seguían alegres y festejando.

De repente se abrió una pequeña puerta de silencio en el umbral. Entonces miró a su hermana y dijo

- Margarita, vamos a la cama que los huéspedes están cansados.

Mi abuela y su hermana.

A veces me levantaba de madrugada, sólo por ver cómo se preparaba por la mañana. Me fascinaba sobre todo como se peinaba el pelo muy largo con un cepillo de plástico y de poca monta que me recordaba la regadera del viaje baño en el segundo piso.

Se cepillaba de manera regular, con cara seria y concentrada, sonriéndome sólo cuando había terminado. Sentada en el sofá no me atrevía a mover ni a hablar, no por un temor cualquiera sino porque me fascinaba tanto verla así. Entonces, una vez recibida su sonrisa, aún silenciosas las dos, me atreví a respirar hondo o incluso a dar un suspiro porque ahora empezaba lo que más me gustaba: con movimientos lentos, siempre regulares, partió el pelo en tres partes y lo trenzó, hasta las puntas más finas.

Al final construyó de su larga trenza un caracol en la nuca, escondiendo el final debajo del volumen y fijó el moño con unas horquillas. Se levantaba entonces y me regalaba todo su afecto con un “buenos días” abierto y sonriente y, mientras empezaba a preparar los quehaceres del día, me contaba – y yo escuchaba.

¡Con cuánta dulzura y nostalgia recuerdo esos momentos de aprendizaje y educación civil! Sumergida en sus relatos, un día interrumpió y me dijo

- Cuando hayas llegado bien arriba, a la cima, mándame una postal para saber cómo está.

Imposible imaginarse la velocidad con la cual saqué el dedo que había ido trepando por la nariz para sacar un moco bien sólido.

Sentada frente a ella con mi pijama me gustaba ver sus camisas de noche grandes que la rodeaban como una carpa, de algodón ligero en verano, de franela de algodón en invierno, pero siempre cubierto de florci-tas.

Me impresionaba el cuidado que llevaba no sólo por sus seres cercanos sino por todos los objetos cotidianos. Así un día, sosteniendo su moño con una mano, buscó sus horquillas sin encontrarlas. Entonces sacó de un viejo tarrito de lata un tenedor igualmente viejo cuyo mango se había quebrado y, como si fuera

la solución más normal, fijó el moño con los dientes del tenedor.

- ¿Quieres comprarte un helado hoy?

Hice sí con la cabeza entusiasmada sabiendo que eso significaba poder ir a hacer las compras sola.

- ¿Sabes cómo nos hacíamos el helado antes?

Hice no con la cabeza esperando casi impaciente porque sabía que me iba a revelar una novedad.

- Del hielo cortábamos pedazos enteros con un punzón y le agregábamos uno de los jarabes que abundaban en el sótano: saúco, fram-buesa, ciruelas, moras ...

Años más tarde, cuando viví en Italia reconocí la misma antigua receta que allí había sobrevivido y se vendía como “*granite*”.

Seguí creciendo, viéndola solamente a distancia de meses o incluso de años porque vivíamos en otros lugares y países lejanos.

Pero cada vez que íbamos de visita, buscaba sobre todo su cercanía matinal porque lograba estar con ella tranquila, antes que empezara sus actividades incesables. Además adoraba ver cómo se cepillaba. Aprendí con los años que tenían que ser 100 veces “para que tu pelo quede brillante y sano”. Más tarde aprendí que nunca utilizaba champú - ¡inconcebible

hoy en día! Pero su pelo era maravilloso y siempre tenía un ligero olor a agua de colonia 4711. Un día, terminando su caracol de pelo, levantó los ojos y me preguntó:

- ¿Cómo empiezas el día?

No supe contestar, balbuceé “Me levanto y bajo de la cama.”

El día siguiente me hizo la misma pregunta.

Fue así como aprendí a tomar unos pasos – tiritones aún – de conciencia, sobre lo que hacía yo, como lo hacía. Adquirir conciencia del yo fue otra gran lección que ella me regaló.

Raramente utilizó el espejo, en realidad sólo para cerrar el botón en alto de la blusa o del vestido, o para controlar que el pelo había quedado en orden después de haberse sacado el pañuelo por la tarde, volviendo del huerto.

Un día vio que había quedado con todo el pelo gris, o blanco. Todos, ni uno había conservado el color oscuro por el cual todos la habían admirado. Del pelo bajo su mirada a la frente despejada, ahora muy arrugada, vio las cejas, más delgadas que antes, los párpados más flojos. Suspiró. Vio entonces el corte diagonal en el espejo que dividía su cara y una pequeña ola de nostalgia ...

Pero también descubrió que los ojos y la mirada no sólo seguían con la misma vivacidad pícara de antes sino que el paisaje de su mirada se había enriquecido de un jardín exótico y exuberante de vida vivida.

El centro de toda la vida familiar y por lo tanto de la suya era la cocina. Era el lugar más importante y acogedor donde cada objeto contaba una existencia en sí y en relación con otros, y de esa manera emanaban algo tan especial que se desplegaran los sentidos en toda su amplitud, como las orugas en el huertito que tarde o temprano se transformaban. Entrar en la cocina significaba cada vez un fuego artificial de olores familiares con algo diferente, de ver y descubrir algo nuevo al levantar las tapas de las ollas, de probar una sopa de aspecto conocido pero con un saborcito distinto, de escuchar el crujido de la madera encendida en la vieja cocina, rociar la piel increíblemente suave de la abuela con el índice en la mejilla, y estremecerme de emoción.

Cuando entraba en esa cocina – que fuera para quedarme un rato o sentarme en el sofá sobre uno o dos cojines para poder apoyar los brazos en la mesa – era cada vez como transformarme de oruga a mariposa, con ganas de mover las alas y levantarme jubilandó. Dos muebles pequeños abarcaban todos los tesoros indispensables para orquestar el baile de cada día

entre sartenes y ollas, cubiertos y platos, vasos, tazas y especias.

Yo tenía dos preferidos: una ollita de esmalte negra en que se preparaba mi más preferida “sopa quemada” con harina de espelta y un colador de lata con dos mangos que brillaban como un espejo tanto la abuela lo pulía. Con los dos no me cansaba de jugar e imaginarme las aventuras más traviesas, de sombrero a máquina mágica, de vista a la infinidad del universo nocturno a motivos para crear decoraciones de géneros.

Lo que soy, mi manera de percibir el mundo, las líneas decisivas de mi vida personal y profesional, la importancia que doy a los encuentros con todo lo vivo – ELLA y la cocina sembraron la semilla de la cual creció mi creatividad y de sus fibras sigo tejiendo una vida sin igual.



CRISTIAN CAMILO CUERVO es un escritor, filólogo y educador colombiano. Estudió Filología Inglesa en la Universidad Nacional de Colombia, realizó una maestría en Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, y un doctorado en Literatura Inglesa en la Universidad de Heidelberg.

Es autor e ilustrador de cuentos y creador de países ficticios y lenguas artificiales. Sus intereses incluyen la ficción histórica y especulativa, las ucronías, la escritura creativa y terapéutica, la crítica literaria de género, la historia de las mujeres, la didáctica de las lenguas y la inclusión social.

La Última Visita de Don Eupelistes Verdemeo

CRISTIAN CAMILO CUERVO

Como de costumbre, ahí estaba Don Eupelistes Verdemeo, apoyado sobre el marco de piedra de la puerta centenaria. Mucho más pequeño que yo, jamás me atrevería a afirmar, como tal vez sí habrían hecho los cuentos de antaño, que él era un enano o un hada. Aunque quizás venía del pasado, posiblemente del futuro, de ninguna manera lo podría describir como un viajero en el tiempo. Eupelistes no se movía en el tiempo; él vivía en él, el tiempo y él eran uno solo.

De sus ropas sólo recordaba un sombrero, ciertamente anticuado; sería lo que en las pasarelas de Milán o de París considerarían “duendesco”. Aun así, Eupelistes no entendía de modas y mucho menos le importaban. Tal como el mejor de los budistas, aunque sin serlo, Eupelistes carecía de apegos, de deseos y de vanidades. Había alcanzado hacía mucho un apacible estado de nirvana terrenal. Aunque, pensándolo bien, no sé si “alcanzar” sea la palabra adecuada. Sospecho que, después de todo, él siempre ha sido así.

Normalmente de gestos y maneras predecibles, hoy por el contrario Eupelistes me sorprende con un actuar distinto, como si presagiara (¿o propiciara?) la singularidad de este día. Se aleja del marco de la puerta y camina. Pareciera apresurarse, pero luego se detiene, cada dos o tres pasos, girando la cabeza hacia atrás, levantando las cejas, invitándome a seguirlo con su mirada: mirada de viejo, duende, pícaro, misterioso... silencioso.

— Ven, sígueme, ven acá — me dice. Lo dice con su mirada, sin abrir la boca, sin decir nada. Me lleva a una escalera, una escalera en espiral infinita, que se eleva en el centro del universo, hacia la nada, o quizás hacia el todo.

Eupelistes ríe por primera vez, como admitiendo lo absurdo de todo.

—Mira, ahí yacen todas las pasiones— Diría también con la mirada, acomodándose el sombrero: ese sombrero imposible, duendesco, enverdecido por los tintes indelebles de la inmortalidad. En efecto, flanqueando la escalera infinita, colgaban como cuadros en una galería viviente todas las vanidades del mundo, oscilando como mareas de pintura que extendían mil manos lujuriosas hacia mí. Entendí que no eran simplemente los placeres del mundo, así, en genérico. Eran mis propias pasiones, las que me habían trastocado la vida hasta casi perecer... ¿casi?

Reconocí en ellas las mil pieles que alguna vez apaciguaron el acceso febril de mi deseo, dejando atrás sólo sudor, pijamas destrozadas en el suelo y la mirada perdida en techos ignotos. Vi, olí y casi saboreé los mil festines a los que asistí, con sus mil tenedores inútiles y los mil sabores de helado que nadie jamás probaría. Sentí bajo mis pies los suelos de esas mil tierras exóticas que saludé, esperando o desesperado, tratando de huir (como si eso se pudiera) del averno de los otros y del abismo de mí mismo.

Asombrado reconocí también el llanto. Pero no cualquier llanto, sino el más genuino, el que está impregnado de frustración, de desamparo, de desamor, de ira, del más exquisito dolor. El llanto que está salpicado no sólo de lágrimas, sino de mocos, de babas, de sangre en los ojos.

— ¿Llanto? — Pregunté. Ahora yo también sin hablar, sólo con los ojos volcados hacia Eupelistes.

— Sí, llanto— respondió, sólo con su mirada —. ¿Qué placer hay más grande en el mundo que no sea llorar de rabia y de dolor?

Finalmente, vi la última procesión de las vanidades cruzando frente a mí, elevándose al unísono con la escalera infinita en su espiral al cielo. Vi a la juventud en su altivez, vi a la belleza jactándose, vi a la ignorancia fatua: la familia de la soberbia humana en pleno, todas tomadas de las manos, como en la danza macabra, contoneándose coquetas, pero alejándose de mí.

—¿A dónde van? — Pregunté.

— ¿Dónde crees? — Eupelistes a su vez inquirió, de nuevo sin palabras, sólo con su mirada,

simplemente con su mirada. —Donde termina la escalera... Al final del arco iris.

—¿Arco iris? ¿De qué hablas? —Impaciente reiteré —¿Dónde termina la escalera?

—En el arco iris — Insistió —justo junto al tesoro.

—¡Ah, claro! ¡Tesoros y arco iris! — Proseguí, entre molesto y burlón.

Como reprendiéndome en silencio por dudar de la solemnidad de sus ‘palabras’, Eupelistes se limitó a responder, con sus ojos místéricos, su sonrisa desgastada y encogiéndose de hombros:

—Lo entenderás... al final lo entenderás.

Luego, con rostro vidrioso, se plantó frente a mí.

— ¿Qué ves cuando me miras? —preguntó— ¿Ves los ojos cansados de tantas cosas que has visto, de tantas noches sin sueño, de tantos temores que en la soledad te arrullaron?

«¿Qué ves cuando me miras? ¿Ves tus labios delicados que tantas delicias probaron, que tantos labios acariciaron, que tantas palabras vacuas profirieron? ¿Ves cómo se cierran ahora tímidos, temblorosos, callados?

«¿Qué ves cuando me miras? ¿Ves la piel que se apaga, las hebras de cabello que se esfuman, la sonrisa cada vez más esquiva?

«¿Qué ves cuando me miras? ¿Ves la Muerte que te acecha con su caricia seductora? ¿Ves el final de la escalera? ¿Ves este espejo que soy yo?

«No te impacientes. Al final entenderás que todos somos lo mismo: tesoro, tiempo, muerte, espejo, tú y yo.»

Y ahí me encuentro, de repente, al final de la escalera, que al mismo tiempo es origen. Y vi ya no ojos cansados, sino los vivaces del niño, contemplando los eucaliptos y saucos que se mecían al viento en las tardes de sol. Y vi al niño aspirando el petricor de los domingos de lluvia y el aroma del chocolate caliente y de los muebles de madera en una sala en penumbra. Y lo vi entretenido con los techos rojos centenarios, y las torres catedralicias, y el fondo de montañas azuladas, sinuosas, entrelazándose tras sí. Y lo vi refugiándose en los libros añejos de la biblioteca paterna, pasando las páginas quebradizas, amarillentas... historias mil veces leídas, pero ahora ya siempre olvidadas.

Y vi y olí y oí y sentí todo, mientras me sumía poco a poco en un sueño profundo, EL SUEÑO PROFUNDO, y Eupelistes, ahí, siempre mirando, siempre mirando, diciendo todo sin decirme nada, posó su sombrero enverdecido a un lado y me acogió en sus brazos, y allí apaciblemente, entendiendo finalmente todo, incliné la cabeza y me dormí.

Editores

VANESSA ALEJANDRA MÁRQUEZ VARGAS



(Mérida, Venezuela, 1985)
Lectora, escritora. Licenciada en Letras Mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana y Magíster en Literatura Iberoamericana por la Universidad de Los Andes (Venezuela). Actualmente adelanta su doctorado en Ciencias Humanas en la Universidad de Los Andes y es profesora de la Facultad de Humanidades y Educación de la misma

institución. En 2025 recibió la Beca Baden-Württemberg por parte de la Fundación Baden-Württemberg.

En 2006 ganó el Primer Premio de Poesía en el XVIII Concurso de Cuento, Ensayo y Poesía, DAES, Universidad de Los Andes, con el poemario *Vértigo y Escepticismo*. Ha participado en diversos congresos, foros, seminarios y talleres literarios a nivel nacional e internacional. Su pasión por las letras la ha llevado a publicar ensayos, reseñas y revisiones críticas sobre la obra de autores venezolanos y latinoamericanos en diferentes revistas de carácter cultural y académico. Ha publicado una selección poética en la *III Antología de Poesía Entre Eros y Tánatos* (2006) de la Asociación de Escritores del Estado Mérida, el poemario *Memorias de Oscuridad* (2018), *Carta para mi Abella*,

versión digital (2020), y *Solo en la Encrucijada soy un Centro* (compiladora), en la Colección Héctor Bello “Libro Taller”, versión digital (2020). Vanessa Márquez Vargas hace parte de las escritoras venezolanas publicadas en el Tomo I *Hacedoras: mil Voces Femeninas por la Literatura Venezolana*, versión digital (2021). Entre sus obras inéditas se encuentra *Tumores del Tiempo* (2005).

CRISTIAN CAMILO CUERVO



(Bogotá, Colombia, 1985) Escritor, filólogo y educador. Es licenciado en Filología Inglesa de la Universidad Nacional de Colombia, realizó una maestría en Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, y un doctorado en Literatura Inglesa en la Universidad de Heidelberg.

Desde 2008 ha trabajado como profesional en proyectos gubernamentales de inclusión social y educativa de adultos mayores, mujeres, niños, niñas y jóvenes, personas con discapacidad, minorías étnicas, población LGBT y personas desplazadas por la violencia. Ha sido docente universitario de inglés y culturas anglófonas en la Universidad Nacional de Colombia y de estudios culturales y literarios en la Universidad de Heidelberg. Recibió una beca de investigación para programas de doctorado

concedida por el *Deutscher Akademischer Austauschdienst* (DAAD) durante el período 2020 - 2025.

Entre 2019 y 2025 trabajó en el Seminario de Anglistica de la Universidad de Heidelberg apoyando diversos procesos investigativos y editoriales de la Cátedra de Literatura y Cultura Británica. Ha realizado y publicado investigaciones académicas sobre participación ciudadana (2009), historia política de las mujeres en Colombia y Latinoamérica (2015), las dimensiones terapéuticas de la escritura y la narrativa (2023) y las representaciones de las mujeres en novelas ucrónicas (2025). Sus intereses incluyen la ficción histórica y especulativa, las ucronías, la escritura creativa y terapéutica, la crítica literaria de género, la historia de las mujeres, la didáctica de las lenguas y la inclusión social.

Es autor e ilustrador de libros de prosa narrativa como *Relatos Sencillos para Lectores Complejos* (2013) y creador de países ficticios como *Noxtelvur* y lenguas artificiales como el *novizh*. Entre sus obras inéditas están los libros de cuentos *Amalia o las Feas Andanzas* y *El Último ‘Vuelo’ del Dodo*.

Impreso en Heidelberg, Alemania
Septiembre de 2025